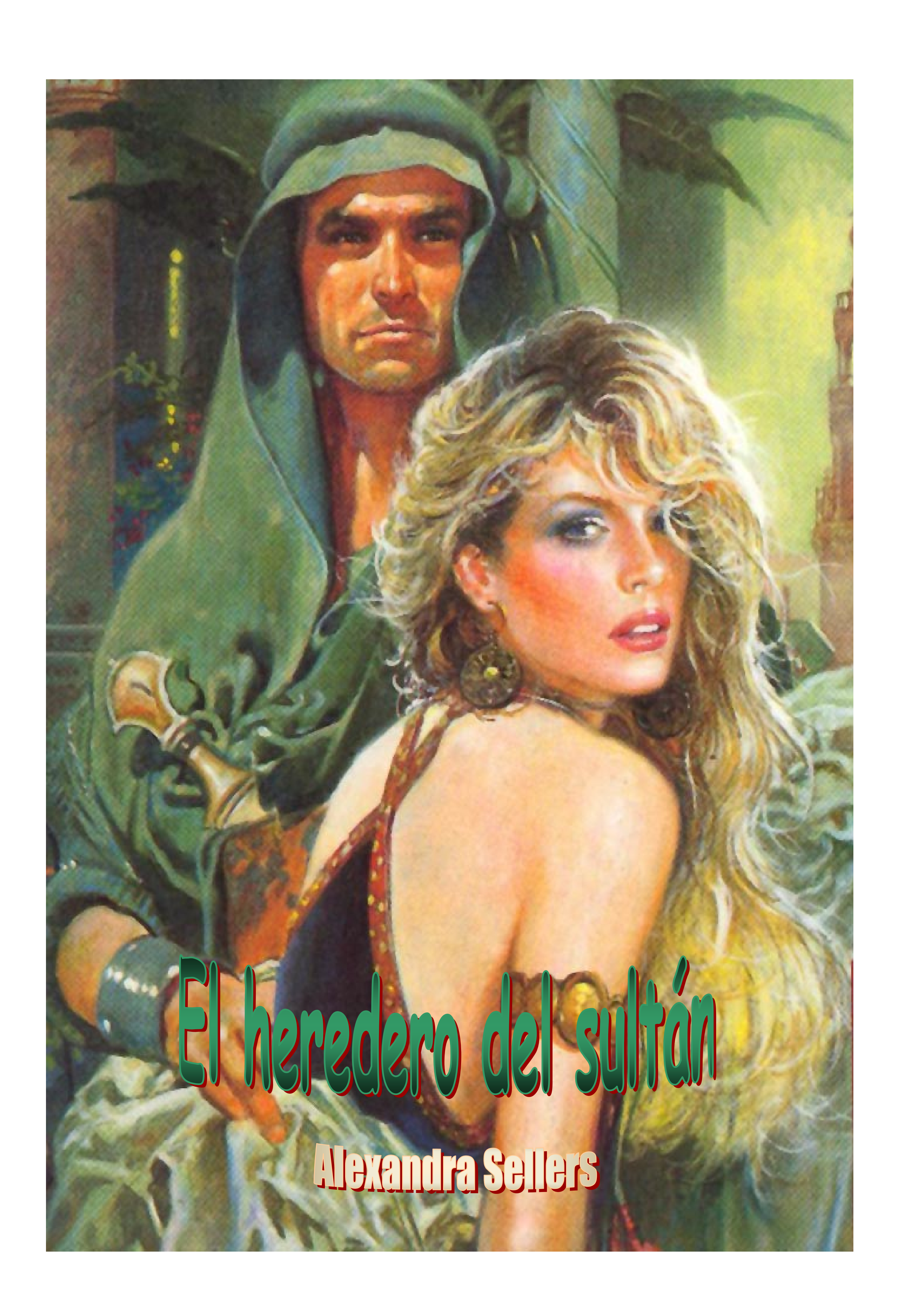

El heredero del sultán
Alexandra Sellers

PRÓLOGO

Un silencio ominoso parecía pesar sobre las paredes de ladrillo y acero de la cámara acorazada. Tres hombres observaban al director del banco introducir la llave que abría la pesada puerta de hierro y los tres se miraron sin decir una palabra.
Todos eran jóvenes, de unos treinta años, pensó el director. Había algo raro en ellos, un aire de autoridad que resultaba inusual en personas tan jóvenes. Le recordaban a alguien, pero no sabría decir a quién. Entre ellos había un gran parecido físico y el más alto llamaba al difunto propietario de la caja fuerte su «primo».
-Hace cinco años que nadie la toca, por supuesto -dijo en voz baja.
No era algo inusual tras la devastadora guerra en _Raglestan. Otras familias habían perdido las cajas fuertes de sus familiares o no sabían nada de ellas hasta que el banco se lo notificaba. Y, a veces, no recibían respuesta a esas cartas...
-Por aquí, señores -dijo entonces el director, sujetando la caja bajo el brazo.
Un empleado se quedó cerrando la puerta de la cámara mientras él los llevaba a través de un pasillo.
En silencio, se dirigió a la sala de conferencias y, con un gesto, instruyó a otro empleado para que abriese.
-Aquí nadie los molestará -murmuró.
Los tres hombres entraron, en silencio. Había tensión en el aire mientras el director dejaba la caja sobre una larga mesa de caoba, pero era una tensión diferente a la de otras personas que esperaban encontrar un tesoro familiar, una herencia inesperada...
Entonces se preguntó qué habría en aquella caja.
-Nadie los molestará -repitió.
-Gracias -dijo uno de los hombres, sujetando la puerta con implacable amabilidad.
Con desgana, deseando ser parte del drama que intuía iba a desatarse, el director hizo un saludo con la cabeza y salió de la sala.
Najib al Makhtouin cerró la puerta y se volvió hacia sus acompañantes. Los tres hombres se miraron, en silencio. La luz del sol entraba por unas ventanas altas, iluminando sus facciones, tan parecidas. Los tres habían heredado de algún antepasado una frente ancha, pómulos altos y labios sensuales, pero cada uno tenía el sello individual de sus genes.
-Esperemos que esté aquí -murmuró Ashraf.
Como si esa fuera la señal, cada uno tomó una silla para sentarse alrededor de la mesa.
Alguien levantó la tapa de la caja y mostró lo que había en el interior: nada.

Los tres dejaron escapar un suspiro.
-Vacía -dijo Haroun-. Supongo que era demasiado esperar que...
-Pero tiene que haberlo dejado en alguna parte... -empezó a decir Ashraf.
-No está vacía -lo interrumpió Najib, señalando dos sobres que había en el fondo.
Najib y Haroun miraron a Ashraf y fue él quien alargó la mano para tomar los sobres. Uno era de color marrón, el otro blanco.
-Es un testamento -dijo, sorprendido-. Y esta es una carta dirigida al abuelo.
-¿Quién es el notario? -preguntó Najib-. ¿El viejo Ibrahim?
Ashraf le dio la vuelta al sobre marrón para leer el membrete.
-Jamal al Wakil. ¿Sabéis quién es?
Los otros dos negaron con la cabeza. Él arrugó el ceño.
-¿Por qué habría acudido a un extraño para hacer su testamento? -murmuró para sí mismo.
-Lee -dijo Najib.
Al hacerlo, la expresión de Ashraf se endureció.
-¿Qué es? -preguntaron los dos a la vez.
-Lego a mi esposa... -murmuró él, mirando a su hermano y su primo-. A mi esposa. Estaba casado.
-¿Con quién? -preguntó Najib.
-Rosalind Olivia Lewis. Una mujer inglesa.
Tuvo que casarse con ella cuando estuvo en Londres... -Ashraf siguió leyendo en silencio-. Estaba embarazada.
-¡Alá! -exclamó Haroun-. Pero si hubiera un hijo, ella se habría puesto en contacto con la familia.
-Quizá no. ¿Tú crees que le contó la verdad antes de casarse?
-Espero que no -suspiró Najib.
Aslíraf siguió leyendo y sacudió la cabeza, incrédulo.
-Debió habérselo contado. Escuchad... «y lego a mi hijo la Rosa de aljawadi».
Los tres se quedaron en silencio durante unos segundos.
-¿Tú crees que lo tiene ella? -murmuró Haroun-. ¿Podría estar tan enamorado como para dárselo a esa mujer?
-Quizá pensó que sería más sensato dejarlo en Londres que traerlo a Parvan cuando estaba a punto de estallar la guerra -contestó Aslíraf.
Najib tomó el sobre blanco y sacó algo que parecía una tarjeta. Pero era una fotografía y se encontró mirando los ojos sonrientes de una mujer.
-Es ella.
Era joven y muy guapa. Y lamentó entonces, sin saber por qué, que hubieran pasado cinco años. Lamentó no haberla conocido con aquel rostro joven y fresco.

-El niño tendrá cuatro años ahora -murmuró Haroun-. Dios mío...

-Tenemos que encontrarla. A ella y al niño -dijo Ashraf-. Antes de que lo haga nadie. Un hijo de Kamil y la Rosa de aljawadi... ¿A quién podemos confiarle esta misión?
Najib seguía mirando la fotografía, sujetándola con ambas manos como para protegerla de algo. De pronto, se levantó y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.
-Yo lo haré.

CAPITULO 1

-¿La señora Bahrami?
Rosalind miró, extrañada, al hombre que esperaba en la puerta. Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba así, pero estaba segura de no haberlo visto antes. No era el tipo de hombre al que resultase fácil olvidar.
-¿Por qué no me ha avisado el conserje de su llegada?
-No lo sé -dijo el extraño, de pelo y ojos oscuros. A pesar del traje de chaqueta y los zapatos italianos, estaba claro que era árabe; su aspecto y su acento lo delataban-. Estoy buscando a la señora Bahrami.
Ella apretó los labios. A pesar de los años y las diferentes facciones, el parecido era enorme.
-Usted...
-Por favor -la interrumpió él, como si intuyera que estaba a punto de negarlo-. Una mujer llamada Rosalind Lewis se casó con mi primo Jamshid Bahrami hace cinco años. ¿Es usted?
Su primo. A Rosalind se le encogió el estómago.
Najib al Makhtoura observaba el pelo rubio enmarcando un rostro ovalado, los ojos verdes... que lo miraban con cierto sarcasmo. No llevaba alianza.
-Sí, soy yo -dijo ella por fin-. Pero eso fue hace mucho tiempo. Además, ¿por qué quiere saberlo?
-Debo hablar con usted. ¿Puedo pasar?
-No, lo siento.
Najib impidió que cerrase la puerta.
-La familia de su marido...
-Me produce repulsión -Rosalind terminó la frase por él-. Y aparte la mano, por favor.
-Señorita Lewis... déjeme hablar con usted. Por favor, es muy importante.
Sus ojos eran del color del chocolate amargo y los labios carnosos mostraban signos de una naturaleza firme y apasionada. Si Jamshid viviera, probablemente su boca habría adquirido aquel gesto con los años, pero el recuerdo de una joven boca apasionada era todo lo que le quedaba.
-¿Quién es usted?

-Najib al Makhtoum -contestó él, con cierto aire condescendiente, como si no estuviera acostumbrado a tener que presentarse.
-¿Y quién lo envía?
-Tengo un asunto familiar que discutir con usted.
-¿Qué asunto familiar?
-La herencia de Jamshid. Soy uno de sus administradores -dijo el hombre-. Y le aseguro que esta visita es en su propio beneficio.
-Ya -murmuró Rosalind, incrédula-. Le concedo media hora, nada más -añadió, empujando un dinosaurio de peluche con el pie para abrir la puerta,
-¿Media hora con el representante de la familia de su difunto marido?
-Treinta minutos más de lo que ustedes me concedieron.
Najib arrugó el ceño.
-¿Se puso en contacto con nosotros?
Rosalind intentó fulminarlo con la mirada, pero tenía la impresión de que aquel hombre no se asustaba por nada. Parecía la clase de persona que disfruta de un reto.
-Pase al salón -le indicó, señalando una puerta.

Era más alto que Jamshid. Y más fuerte, de poderosa musculatura bajo el traje de chaqueta.
Najib miró alrededor. Era una sala grande, bien iluminada por un ventanal. Sobre la mesa de café había media docena de adornos y los sofás, hermosamente tapizados en seda, le daban un aire muy elegante.
Solo un par de cosas evidenciaban que había estado casada con un hombre árabe: una preciosa alfombra de seda tejida a mano y una antigua miniatura del palacio real de Parvan en Shahr-i Bozorg.
-Siéntese, señor Makhtoum -lo invitó ella, sin sonreír.
-Gracias -murmuró Najib, dejando el maletín sobre la mesa.
Rosalind iba descalza, con unos pantalones azules de algodón y camisa del mismo color. Y, de repente, al ver el maletín, se sintió vulnerable. Inconscientemente, escondió una pierna en el sofá, sujetando el tobillo con la mano.
-¿Qué puede querer su familia de mí después de tanto tiempo? -preguntó, un poco nerviosa.
-Primero debo confirmar los datos -dijo él, abriendo el maletín-. Usted es Rosalind Olivia Lewis y hace cinco años se casó con Jarashid Bahrami, ciudadano de Parvan que era, en ese momento, estudiante aquí en Londres. ¿Me equivoco?
-No. ¿Qué más?
-Usted tuvo un hijo con Jamshid.
Ella se irguió entonces, muy seria.
-Usted no...
-Lamento decirle que hemos recibido la noticia hace muy poco tiempo.
-¿Ah, sí? -preguntó Rosalind, incrédula.

Najib levantó una ceja.
-¿Había alguna razón para no informar a mi familia sobre su embarazo, señorita Lewis?
-Yo podría preguntar por qué Jamshid no le habló a nadie de mí antes de irse a la guerra -replicó ella-. Se marchó prometiendo que pediría la aprobación de su abuelo y que tendría a mi hijo en Barakat. Pero no fue así. Si no era importante para mi marido, ¿por qué iba a serlo para mí?
-Sin duda Janishid debería...
-De hecho, -lo interrumpió Rosalind- le escribí una carta al abuelo de jamshid poco después de saber que mi marido había muerto en la guerra.
-Mi abuelo murió unos meses después.
-Lo lamento. Siempre pensé que algún día podría decirle a la cara lo que pensaba de él.
-¿Está segura de que mi abuelo recibió esa carta?
Ella miró el tapizado naranja del sofá, sintiendo la vieja puñalada de angustia en el corazón.
-Claro que sí. Su abuelo recibió mi carta y creo que usted lo sabe. Y sabe también que me contestó diciendo que yo no estaba casada con Janishid, que era una oportunista y una buscavidas que no podría saber cuál de mis muchos amantes era el padre de mi hijo. También decía que no recibiría un céntimo y que me quemaría en el infierno por insultar a un héroe de guerra. ¿Qué tiene que añadir a esa carta la familia de mi marido?

CAPITULO 2

Aquello lo dejó helado. Najib al Makhtoum apartó la mirada y dejó escapar un suspiro.
-Yo no sabía nada -le aseguró. Lo había dicho en voz baja para enmascarar su exasperación-. Nadie lo sabía, aparentemente, más que mi abuelo. ¿De verdad decía eso en la carta?
-Decía eso, se lo aseguro. Han pasado cinco años y no recuerdo literalmente sus palabras, pero entonces el mensaje se me clavó en el corazón como una daga. Supongo que Janishid me había mentido desde el principio, supongo que el matrimonio con una inglesa no significaba nada para él, pero yo lo creí. Lo amaba y pensé que él me amaba también. Estaba embarazada de su hijo y al saber que no se había molestado en hablarle de mí a su abuelo...
Rosalind no pudo terminar la frase. Además, contarle su vida al primo de Janishid no serviría de nada. Y seguía sin saber qué quería de ella.
-Lo siento mucho -se disculpó Najib-. Me disculpo en nombre de mi abuelo... de toda la familia. Nosotros no sabíamos nada. Como he dicho, supimos de su existencia hace muy poco. Mi abuelo mantuvo esa carta en secreto.
Ella no sabía si creerlo, pero daba igual. Solo confirmaba de nuevo que Janishid no le habló a nadie de su matrimonio con una joven inglesa.
-Pues ahora entenderá por qué no estoy interesada en nada de lo que usted pueda decirme. De hecho, no estoy interesada en seguir hablando, de modo que...
-Señorita Lewis, entiendo que esté furiosa. Pero, por favor..
-No lo entiende. Usted no sabe nada sobre mi vida y no sabe el efecto que ejerció en mí esa carta. No hace falta que me dé más explicaciones, señor al Makhtoum. Nada de lo que diga puede cambiar la historia. ¿Qué solía decir Janishid? «Está escrito, se terminó».
-No se ha terminado, insistió Najib, con tono apasionado.
-¿Qué es lo que quiere?
El se aclaró la garganta.
-Como sabe, Janishid murió poco después de que empezase la guerra en mi país. Creíamos que había muerto sin testar, pero hace poco apareció su testamento en una caja fuerte. Mi primo le dejó la mayor parte de su herencia a usted y al niño.
Rosalind abrió la boca, atónita.
-¿Qué?
-Tengo aquí una copia del testamento, por si quiere leerlo.

-¿Janishid me nombra en su testamento?
-Es usted la mayor beneficiaria.
Una mezcla de sensaciones amenazaba con ahogarla: miedo, sorpresa, alivio, angustia...
-¿Por qué nadie me dijo esto hace cinco años?
-Porque no sabíamos nada hasta hace diez días.
-¿Cómo podían no saber que Janishid había dejado un testamento?
Estaba mirándolo fijamente, incrédula. Y, de repente, Najib entendió porqué Janishid se había casado con ella a pesar de todo, aun sabiendo que su abuelo se negaría a aceptar ese matrimonio.
-No acudió a los abogados de la familia, sin duda porque aún no se lo había contado al abuelo -le explicó-. Hace poco hemos sabido que el bufete del notario que redactó su testamento fue bombardeado durante la guerra.
Rosalind recordó entonces haber visto en televisión los bombardeos en Barakat. Y cómo había llorado por la destrucción del país de su marido.
-¿Cómo han encontrado entonces ese testamento?
-Janishid había dejado una copia en un banco del que tampoco sabíamos nada. El banco nos envió una nota hace poco, cuando venció el contrato de alquiler de la caja fuerte. Sin duda, mi primo había dejado una llave en el bufete de su abogado, esperando que la caja se abriese si él moría en la guerra.
Rosalind inclinó la cabeza y la cortina de pelo rubio cubrió parcialmente su rostro. Entonces sonrió. Y en esa sonrisa no había traza de cinismo. Parecía más joven, más inocente. Najib pensó que estaba viendo a la chica de la fotografía. La chica de la que Janíshid se había enamorado.
-Ya veo -murmuró-. Ojalá hubiera sabido esto hace cinco años.
-No fue culpa de Janíshid. Nadie podría haber imaginado tan trágica coincidencia. Su muerte, la muerte del abogado que firmó el testamento... Las guerras son así, señorita Lewis.
Rosalind estaba conmocionada. Cinco años de su vida reescritos en diez minutos. De modo que Janíshid no la había abandonado. Su amor no fue una mentira.
Najib se aclaró la garganta.
-En la caja también había una carta de explicación para mi abuelo.
-¿Y qué decía? -preguntó ella, con voz ronca.
-La tengo aquí. ¿Quiere leerla? Tengo entendido que habla usted nuestro idioma. Janíshid lo menciona en la carta.
Rosalind tomó el papel con manos temblorosas. Sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que parpadear varias veces para leer las últimas palabras de su marido:
Abuelo, me avergüenza no haber encontrado el momento para hablarte sobre mi matrimonio en Inglaterra. Sé que tú deseabas que me casara con una mujer de mi sangre, pero Rosalind te encantará. Es una persona capaz de luchar contra cualquier eventualidad del destino y será una buena madre para nuestro hijo que, para mi gran alegría, está esperando en este momento. Creemos que será un varón. Si Dios no

quiere que vuelva vivo de la guerra y que te enteres de mi matrimonio a través de esta carta, confío en que..
Rosalind no pudo seguir leyendo.
-Ojalá hubiera conocido la existencia de esta carta hace cinco años -sollozó, enterrando la cara entre las manos-. Pensé que Jamshid me había traicionado. Pensé que... -entonces se mordió los labios, intentando calmarse-. Pero me amaba. Mi marido me amaba.
El extraño de ojos oscuros se sentó a su lado.
-Sí -murmuró, tomando su mano-. Sí, debió amarla con todo su corazón.
-¿Por qué no le habló a su abuelo de mí?
-Mi abuelo había sufrido muchos reveses en la vida y que su nieto favorito se casara con una inglesa... Pero lo importante es que los últimos pensamientos de Janishid antes de irse a la guerra fueron para usted. Para usted y para su hijo.
Rosalind sollozó de nuevo. Cuando él la abrazó, le pareció algo natural. Era el primo de Janishid, de su marido. Apoyó la cabeza en su hombro y lloró por todo lo que había sufrido, por lo que creyó una traición que, por fin, no lo era.
Najib acaricio su pelo, pensando en la tragedia que tuvo que vivir durante aquellos cinco años. Pero había una buena razón para que Janishid no le hablase a su abuelo sobre aquel matrimonio...
Recordaba la terrible conmoción que siguió a la llegada de su primo, anunciando que se iba a la guerra del lado del príncipe Kavian.
Como consejero del príncipe, como hombre criado en el país de su madre, Janishid había insistido en que debía cumplir con su deber. Su abuelo gritó, lo amenazó, le habló sobre su deber para con la familia y el país de su padre...
La ira del abuelo había caído sobre sus cabezas durante semanas, mientras los intentos diplomáticos por evitar la guerra fracasaban. No era el momento de hablarle sobre su matrimonio con una inglesa, al que se habría opuesto con virulencia. Esa noticia podría haberlo matado.
De modo que Jainshid, nieto favorito y heredero, se fue a la guerra con la maldición del abuelo sobre su cabeza. Y unas semanas más tarde recibieron su cuerpo ensangrentado, como una promesa de los horrores que caerían sobre Parvan con aquella guerra.
Su abuelo jamás se recuperó del golpe. El cambio que se había operado en él los sobrecogió a todos. Quien fue siempre una torre de fuerza, quedó convertido en un anciano en cuestión de minutos.
Y la carta de Rosalind debió ser el golpe final. Y como humano que era, el abuelo se había revuelto contra ella como una forma de expiar su sentimiento de culpa. Maldecir a un hombre que se iba a la guerra era algo terrible...
Si Rosalind hubiera entrado entonces en la familia, ella y el hijo de Janishid habrían estado bajo su protección. Afortunadamente, el destino había revelado su existencia cuando todavía podían hacer algo. Y era su deber protegerlos, pensaba Najib.

-Gracias por prestarme su hombro -murmuró ella, secándose las lágrimas con un pañuelo.
-Siento no haber podido ofrecérselo hace cinco años.
Rosalind negó con la cabeza, intentando sonreír.
-Bueno, ¿y ahora qué?
-Supongo que debería hablarle del testamento.
-Muy bien.
Najib al Makhtoum sacó unos papeles del maletín.
-Janishid le dejó su apartamento en Paris y otro en Nueva York. Además, la villa de Barakat, de la que podrá disfrutar hasta su muerte y que después heredará su hijo. Otra propiedad, que disfrutará en usufructo hasta que el niño cumpla los veintiún años... Ciertos valores, bonos e inversiones cuyos intereses le permitirán tener una renta anual... Afortunadamente, ninguna de sus posesiones ha sido vendida en estos años. Y, naturalmente, recibirá enseguida la parte de los intereses que le corresponde por estos cinco años.
Rosalind lo miró, atónita.
-¿Mi marido poseía todo eso?
Najib no sabía si creerla. Le resultaba raro que su primo no le hubiera contado nada.
-El padre de Janishid murió cuando era un niño y, a los veintiún años, recibió su parte de la herencia. Por cierto, me he tomado la libertad de traerle una joya que le pertenece.
Entonces metió la mano en el maletín y sacó una cajita de terciopelo granate. Dentro había un anillo con un diamante del tamaño de una canica. Era increíble. Una de esas joyas que solo se ven en los museos.
-Era de nuestra bisabuela -le explicó Najib_. Una mujer famosa por su belleza y encanto.
La leyenda familiar decía que Mawiyah había sido una mujer fabulosa... y, tontamente, pensó que Rosalind Lewis también lo era.
-Yo no... ¿está seguro de que me pertenece?
Najib tomó su mano para ponerle el anillo. Mientras lo hacía, se percató de que estaba llevando a cabo el ritual que unía a un hombre y a una mujer para siempre... y sintió que su corazón se aceleraba.
-Es muy hermoso, ¿verdad?
-Nunca había visto nada parecido -murmuró ella.
-Solo es una más de las joyas que ahora le pertenecen.
Rosalind sacudió la cabeza, incrédula.
-Jamshid nunca me dijo nada. Ni una palabra.
A su marido no le gustaba hablar de sí mismo. Habían salido juntos durante meses antes de que le dijera que era consejero del príncipe Kavian.

En otros tiempos, los consejeros eran los hombres con los que el príncipe se divertía y olvidaba los graves problemas de estado. Pero en aquel momento eran prácticamente su Consejo de Ministros.
Era un cargo muy prestigioso y, sin embargo, a Rosalind no la había sorprendido. Quizá era por el aura de poder de Janishid o quizá porque el príncipe Kavian siempre había tratado a sus «guardaespaldas» con el respeto debido a un igual.
Los consejeros solían pertenecer a familias nobles, pero ella pensó que, como la mayoría de las familias de Parvan, la de Janishid habria perdido todo su dinero aportando fondos para apoyar al príncipe durante la devastadora guerra contra los Kaljuk.
-¿No se perdió todo durante la guerra? -preguntó entonces.
-Se perdió parte de nuestra fortuna, pero mi primo tuvo el acierto de no dejarle sus propiedades de Parvan. Le aseguro que la herencia de su hijo está prácticamente intacta.
«Su hijo».
-Ah, -ya veo.
-Hay otra cuestión... Hemos pensado que, al saber que estaba embarazada, quizá Janishid le dejó algo antes de marcharse. ¿Le regaló alguna joya, Rosalind?
-Me regaló una antigua alianza. Teníamos tanta prisa antes de que volviera a Parvan...
-No, me refiero a un anillo con un gran diamante. O quizá la llave de una caja fuerte.
Ella negó con la cabeza, sorprendida.
-¿Un gran diamante? ¿Más grande que este?
-Es una herencia familiar que perteneció a Jainshid, pero no estaba entre sus efectos. Y él habría querido que lo heredase su hijo.
-Su hijo -murmuró Rosalind.
-La familia está deseando conocerla a usted y al niño, por supuesto. Nos gustaría que viniera a visitarnos y..
Ella miró el anillo con expresión triste.
Qué diferente podría haber sido su vida...
-Espere un momento -lo interrumpió entonces, El día que recibí la carta de su abuelo, sufrí un aborto. Lamento decirle que perdí al hijo de Janishid.

CAPITULO 3

-¿Un aborto? -repitió él, recordando el dinosaurio de peluche que había visto en el pasillo.
Rosalind recordó el tremendo dolor que sintió al leer la carta, como si el abuelo de Janishid le hubiera clavado un puñal en el vientre. Como si su hijo hubiera respondido con violencia, rebelándose ante la idea de llegar al mundo.
-Fue la carta -murmuró-. Sé que fue la carta. Por eso odiaba a toda la familia de mi marido.
Najib la miró en silencio, con una mezcla de duda y tristeza. Pero no había nada más que decir.
Rosalind se levantó para lavarse la cara en el cuarto de baño y después de mirar con tristeza el anillo volvió al salón.
Él seguía donde lo había dejado, mirando como ausente una bola de cristal que contenía una rosa roja.
-¿Le apetece un café?
Najib asintió con la cabeza, perdido en sus pensamientos.
Mientras encendía la cafetera, Rosalind lo observó de reojo desde la puerta de la cocina. Sentado en el sofá, miraba la rosa sobre la que caían copos de nieve artificial.
-¿Cómo conoció a Janishid? -preguntó él entonces-. ¿Estudiaban juntos en la universidad?
-No, lo conocí después. Yo había terminado mis estudios y trabajaba en la embajada de Parvan como traductora.
-Yo estaba en París en aquella época, pero tú hermana estudiaba con Janishid -murmuró Najib, levantándose-. ¿Recuerda a una chica llamada Lamis al Azzam?
A Rosalind se le cayó el medidor, manchando de café la encimera. Nerviosa, tomó una esponja para limpiarlo.
-Sí, la conocí. ¿Lamis es su hermana?
-Sí.
Rosalind tragó saliva. Aquella era una complicación extraordinaria. Debía tener cuidado.
-¿Por qué no llevan el mismo apellido? -le preguntó. Él sacudió la mano, como si la explicación contuviera una nota cultural que no merecía la pena discutir-. Entonces, ¿es usted de Barakat?
-Así es. Mi madre era hermanastra del padre de Janishid. Pero la familia es originariamente de Bagestan.

Rosalind se preguntó entonces si habría mencionado a Lamis para ganarse su confianza. Si era así, debía estar en guardia.
-¿Jamshid era de Bagestan? No lo sabía.
-Nació allí -contestó él.
-¿Y por qué se fueron de Bagestan?
En su tono había una falsa nota de curiosidad que a Najib no le pasó desapercibida.
-Por cuestiones familiares.
-Ah, claro.
-Por cierto, mi hermana está casada y tiene un hijo.
-¿Ah, sí? -murmuró Rosalind, apartando la mirada.
-Trabaja en la televisión de Barakat... y colecciona adornos como este -dijo Najib entonces, moviendo la bola de cristal que contenía una rosa.
-Qué coincidencia.
Aquel adorno no era del mismo estilo que los demás: una figurita de jade, un cenicero de amatista, un huevo de alabastro, una cajita de madera...
«Piensa en mí cuando mires la rosa, Rosalind».
A ella nunca le había gustado la idea de que una rosa estuviera aprisionada en el cristal. Como una mujer en un harén. Era natural pensar en Lamis cuando miraba la rosa: Lamis era la rosa.
-Mi hermana no era la misma mujer cuando volvió de Inglaterra -dijo Najib entonces-. ¿Sabe qué le ocurrió para que cambiase tanto?
La mirada oscura del hombre parecía penetrarla. Rosalind bajó los ojos y, nerviosamente, movió uno de los adornos.

-No sé a qué se refiere.
-Siempre había sido muy alegre, pero cuando volvió de Inglaterra ya no era la misma.
Najib dejó la bola de cristal con cuidado como si la rosa, o pensar en su hermana, hubiera despertado en él una instintiva ternura.
Rosalind estaba hipnotizada por su voz, por los ojos oscuros, las manos largas y fuertes... Parecía un hombre en contacto con la vida. Sería un alivio confiar en él, pero...
-Quizá estaba triste a causa de la guerra. Además, oímos rumores de que había tenido un problema... con el juego. Por lo visto perdió mucho dinero en el casino y su familia tuvo que ayudarla.
-Es cierto -suspiró él-. Pero eso no habría provocado el cambio del que hablo.
-Entonces usted también estaba en Europa, ¿no? Si le hubiese ocurrido algo, lo habría sabido.
-Yo volví a casa, como Jarashid, poco antes de que estallara la guerra. Lamis se quedó aquí para terminar sus estudios.
-¿Ella le habló de mí?

-Mi hermana nunca habla sobre su estancia en Inglaterra. ¿Sabía Lamis que estaba casada con Jarnshid?
Rosalind se encogió de hombros, nerviosa.
-Todo el mundo lo sabía -murmuró, colocando las tazas sobre una bandeja.
-No me sorprende que tampoco ella se lo contara a mi abuelo. Ya se sabe el destino del mensajero... Quizá querría usted volver a verla.
-Sí, claro -sonrió ella, llevando la bandeja al salón-. ¿Cuándo piensa volver a Inglaterra?
Najib arrugó el ceño.
-¿No piensa ir a Barakat para inspeccionar su herencia y conocer a la familia?
Rosalind había soñado con aquel viaje. Pero eso fue mucho tiempo atrás.
-No sé... -murmuró, incómoda. Entonces miró el reloj y soltó la bandeja a toda prisa. Lo siento, tengo que irme. Perdone, no me había dado cuenta de que era tan tarde. Tengo... una cita.
Obediente, Najib guardó los papeles en el maletín y la siguió por el pasillo.
-Tendremos que...
-Adiós -lo interrumpió ella.
-Volveremos a vernos.
-Sí, claro. Llámeme...
Rosalind abrió la puerta pero, en lugar de salir, Najib dejó el maletín en el suelo y la tomó por los hombros. Por un momento, con la boca del hombre tan cerca de la suya, pareció penetrar en otra realidad, una realidad en la que se conocían bien, en la que Najib al Makhtourn podía besarla. Tenía la absurda sensación de que poniendo el anillo en su dedo había abierto la puerta de otra vida. Los ojos oscuros del hombre parecían leer en su alma.
Un segundo después, afortunadamente, el mundo volvió a colocarse en su sitio.
«Es una seductora», pensó él. «Tendrás que estar en guardia». Entendía por qué Jamshid se había casado con ella. Debía haber perdido el juicio mirando aquellos ojos verdes.
-Rosalind, esto es de tremenda importancia. Es vital que me diga la verdad. ¿Tuvo o no el hijo de Jarnshid?
Entonces la mirada oscura empezó a asustada.
-¿Por qué es tan importante?
-No puedo explicárselo ahora. Pero le ruego que me crea.
-¿Cómo es posible que algo que fue rechazado de plano hace cinco años sea ahora de tan vital importancia?
-Contésteme, por favor.
Ella dio un paso atrás.
-Ya le he dicho que el hijo de Jarashid murió -dijo, con los dientes apretados. Y, por favor, váyase. Se me hace tarde.
-Adiós, Rosalind -se despidió Najib, tornando el maletín~. La llamaré.

Se acercó entonces a la reja de hierro forjado estilo art-deco, pero no tuvo que apretar el botón porque el ascensor ya estaba subiendo.
Ella se mordió los labios, nerviosa. ¿Cómo no se le había ocurrido que aquello podía pasar?
Como temía, unos segundos después se abrió la puerta del ascensor y de él salió corriendo un niño, seguido de una joven morena.
Najib se volvió, incrédulo, para mirar al niño, que sujetaba una cartulina en la mano.
-¡Mamá, mamá! ¡Mira lo que he hecho en el colegio!
Por encima del hombro de Sam, Rosalind vio la mirada acusadora de Najib al Makhtouni.
Sin decir nada, él entró en el ascensor y cerró de un portazo.
-Es la viva imagen del abuelo -dijo Najib.
-Maldita sea -murmuró Ashraf-. ¡Maldita sea, maldita sea! ¿Y no sabe nada de la Rosa?
-Eso dice. Pero vive en un apartamento que no ha podido comprar con su sueldo de traductora. En Kensington.
-¿Tú crees que vendió la Rosa? ¿A quién?
Najib negó con la cabeza.
-No tengo ni idea. Depende de cuánto supiera.
-Sabe lo suficiente como para negar que el niño es hijo de Janishid.
-Quizá, cuando haya tenido tiempo para pensar, dejará de negarlo. Pensaba que la familia la había dejado fuera porque era inglesa. Y Dios sabe qué pensará sobre los motivos de Janishid para no decirle nada al abuelo sobre su matrimonio.
-Si Janishid le dio la Rosa, esa mujer no puede dudar de su sinceridad.
-Cierto. Pero quizá la vendió porque esa carta era una traición.
-No sé, no me cuadra... -murmuró Ashraf.
-Ya me lo contará -suspiró Najib-. Puede que tarde algún tiempo en reunir valor.
-Pero no tenemos tiempo. Tenemos que llevar al niño a Barakat.
-Lo sé.
-¿Necesitas ayuda?
Najib pensó en los ojos verdes de Rosalind Lewis. Había una promesa en esos ojos, una promesa que había esperado toda su vida sin saberlo.
-No, gracias. Yo me encargo de todo.
Rosalind estaba sentada en el sofá, abrazando a su hijo mientras le leía un cuento. Era algo que hacían todos los días, pero en aquel momento no podía concentrarse. Acariciaba la cabeza de Sam, pero no podía dejar de mi-
rar el anillo que llevaba en el dedo. Y tampoco podía dejar de pensar en Najib al Makh_ touni.
No dejaba de hacerse preguntas. ¿Por qué Janishid nunca le había contado a su abuelo que estaba casado? ¿Por qué no le había dicho que su familia era tan rica? ¿De verdad habrían encontrado el testamento poco antes o tenían alguna oscura razón para entregarle la herencia cinco años después del fallecimiento de su marido?

Si era así, la razón debía ser la posibilidad de que Janishid tuviese un heredero. Pero, ¿por qué era tan importante?

Había hablado de una joya extraordinaria... Entonces miró el diamante que Najib había puesto en su dedo. Ella no sabía mucho de joyas, pero aquel diamante debía ser muy valioso. Más grande que aquel... ¿de qué estaban hablando? ¿Del Koh-i-Noor-?
¿Cómo iba a darle Janishid una joya tan fabulosa si ni siquiera sabía que era rico?
Le había hecho regalos, por supuesto. Una chaqueta de cuero, una cadenita de oro... Rosalind miró la mesa. Y la bola de cristal con la rosa cuando supo que estaba embarazada. Nada más.
Entonces miró de nuevo el anillo. No podía creerlo. ¿El diamante sería auténtico? Pero la respuesta estaba clara. La piedra brillaba con todos los colores del arco iris.
Se preguntó entonces si Najib habría hablado de ella con su hermana... Pero cualquier cosa que Lamis le hubiese contado carecía de importancia porque había visto a Sam. Volvería, por supuesto.
Y tendría que pensar qué iba a decirle.

CAPITULO 4

-Hola otra vez, Rosalind.
Ella inclinó la cabeza a un lado, maravillándose del parecido con Sam. Sobre todo, en los ojos.
-¿Qué haces, chantajear al conserje? ¿O tienes un manto que te hace invisible? -preguntó, tuteándolo.
Najib sonrió.
-¿Puedo entrar?
-¿No deberías haber llamado antes?
-¿Estarías en casa si hubiera llamado?
Rosalind levantó una ceja.
-¿Qué quieres a estas horas? Son las ocho de la mañana.
Él la miró sin decir nada. Un par de largas piernas desnudas bajo la camisa de algodón, el pelo despeinado y los ojos hinchados del sueño…entonces se dio cuenta de algo: la deseaba con todas sus fuerzas.
Y tuvo que apretar los dientes para no decirlo en voz alta.
-Déjame entrar. Tengo que decirte…
Rosalind no se apartó para dejarlo pasar.
-¿Cómo te ha dejado entrar el conserje? Y esta vez quiero una respuesta.
-Vivo en este edificio. He comprado un apartamento -suspiró él, irritado.
-¿Qué? No te creo.
-El dinero puede hacer muchas cosas. Tú lo sabes, así no que sé por qué te sorprende. ¿Puedo entrar o no?
La tomó del brazo y.. eso fue un tremendo error. Su piel pareció pegarse a la de Rosalind. Impelida por el ímpetu de su mirada, ella dio un paso atrás.

El roce de su mano había sido como un calambre. Qué tonta había sido al no reconocer la atracción que sentía por él. Una atracción muy poderosa.
Una pena que no pudiese confiar en él.
-Suéltame -dijo, con voz ronca.
Najib estaba muy cerca, demasiado cerca. Podía oler el perfume de su piel y peor, podía oler la cama, el delicioso perfume de una mujer recién levantada.
Quería apartar la mano, pero no podía hacerlo. Deseaba tomarla en brazos y llevarla de vuelta a esa cama, desnudarla y hacerle el amor, hacerla suya antes de que pudiera protestar. Su cuerpo se puso alerta ante el loco deseo de enterrarse en ella.
-Lo siento -dijo por fin.

Najib acarició su mejilla e inclinó la cabeza Para darle un peligroso, pero inevitable beso.
Con un repentino ataque de paranoia, Rosalind pensó: «está intentando usar el sexo como arma». Entonces dio un paso atrás y los labios del hombre solo besaron el aire. Y la misma punzada de pena se clavó en el corazón de los dos.
-¿Qué es lo que quieres?
-He visto a tu hijo, Rosalind. ¿Por qué me has mentido sobre un asunto tan serio? -dijo él, impaciente.
-No te he mentido. ¿Y por qué es un asunto tan serio?
Empezaba a lamentar haberle dicho la verdad. ¿Qué daño podría haberle hecho a la familia creer que Jarnshid había dejado un heredero?
-¿Podemos sentarnos?
-No pienso seguir hablando contigo -le espetó ella.
Pero Najib simplemente entró en el salón y dejó el maletín sobre la mesa.
-Tenemos que hablar.
-¿Por qué no has llamado antes?
-Siéntate, por favor.
Rosalind se sentó, con las piernas cruzadas. La camiseta que solía ponerse para dormir era más larga que algunos de sus vestidos, pero se sentía desnuda frente a aquel hombre.
Cuando abrió el maletín, el sonido de los cierres fue como un balazo que la dejó paralizada.
Najib le mostró un papel.
Partida de nacimiento, leyó. Nombre.- Samir Jawad, sexo, varón...
-Estabas embarazada en verano y diste a luz en primavera.
-¿Ah, sí?
Era ridículo pensar que iba a creerla, pero tenía que intentarlo de todas formas.
-Madre. Rosalind Olivia Lewis -leyó Najib.
-Esto no lleva a ninguna parte. Yo...
-Padre: Januhid Bahrami.
-¿Qué es lo que quieres? -demandó Rosalind, exasperada, ¿A ti qué te importa? ¡Han pasado cinco años! ¿Qué te importa si mi hijo hereda las propiedades de Jarnshid o no?
-Najib no contestó y ella sintió un escalofrío de alarma.
<<Un asunto tan serio» había dicho. ¿Por que era tan serio? Si se encontraba al heredero de una fortuna cinco años después de la muerte de su padre podría ser un inconveniente para alguien, pero ¿por qué era algo tan serio?

¿Por qué el descubrimiento de que Jarnshid, había dejado una esposa llevaba a Najib al Nbkhtoum a Londres en persona? ¿Por qué no habían enviado a un abogado? ¿Por qué parecía tan desesperado?

-Sam es... -empezó a decir, pero no terminó la frase porque Najib la tomó por la muñeca.
-No me mientas.
De nuevo estaban mirándose a los ojos y, de nuevo, entre ellos pasó aquella corriente eléctrica, aquella sensación extraña de que debían estar juntos.
Nerviosa, Rosalind se levantó.
-¡Yo no miento nunca! Y tú no sabes nada de mi vida.
-Sé que registraste a tu hijo como hijo de Janishid, pero ahora me dices que no lo es. ¿Cuál de las dos afirmaciones es mentira? -preguntó Najib, levantándose.
Era muy poderoso, abrumador. Tanto que Rosalind tuvo que acercarse a la ventana para no caer bajo su influjo.
-En este país, el esposo de una mujer suele ser el padre de su hijo. Sea el padre biológico o no. Janishid no es el padre biológico de Sam.
-Tuviste un hijo, de modo que no hubo aborto. ¿Cierto o no? 0 me mentiste antes o me estás mintiendo ahora. No hay otra posibilidad.
Había otra posibilidad, pero Rosalind no podía contársela. Najib era la última persona que debía saberlo y solo era una jugarreta del destino que hubiera sido precisamente él quien fuese a Londres para hablarle del testamento de Janishid.
-Tú no sabes nada.
-Una mujer no tiene un aborto y después da a luz unos meses más tarde.
-¡Dime la verdad!
-Aquello era mucho más serio de lo que había pensado. Y lo importante era mantener a San alejado de Najib al Makhtouni.
-Te he dicho la verdad. No voy a repetirme –dijo Rosalind.
-¿Por qué no pusiste el nombre del padre biológico en la partida de nacimiento? Te diré por qué. Porque Janishid es el padre. No le mentiste a mi abuelo, me estás mintiendo a mí. Y, es una mentira muy peligrosa.
-Tú no sabes nada de mi vida -repitió ella, con énfasis.
Pero no podía contarle la verdad, no podía sacarlo de su error.
-¿Debo creer que mi abuelo no se equivocó al insultarte en su carta? ¿Debo creer que engañaste a Janishid para que se casara contigo?
-Rosalind apretó los labios, furiosa. Entonces levantó una mano y lo golpeó en la cara con todo el dolor y la rabia que había mantenido guardados durante cinco años.
Los ojos del hombre se oscurecieron hasta volverse negros como el carbón. Entonces la tomó por los brazos, apretándola con fuerza.
-¡No uses la violencia conmigo!
Ella observó, fascinada, como se dilataban sus pupilas de furia. Y se dio cuenta de que Najib no era un hombre al que nadie pudiese ofender impunemente.
-Vete de mi casa -dijo en voz baja.

-Tu hijo es la viva imagen de mi abuelo -insistió él-. Lo siento. No te acuso de nada excepto de estar demasiado dolida como para perdonar. Pero debemos dejar eso a un lado por el bien del niño. El resto...
-¡Vete de mi casa y vete de mi vida!
Najib soltó una carcajada amarga.
-No puedo hacerlo.
-¿Por qué?
El dejó escapar un largo suspiro.
-Tu hijo está en peligro, Rosalind. Debe esconderse durante un tiempo... solo de esa forma podremos protegerlo.
-¿En peligro? ¿Qué clase de peligro?
-Cierta gente querría hacerle daño si supiera que es hijo de Janishid.
Aquello era mucho peor de lo que había imaginado. Rosalind tuvo que contener un sollozo.
-¡No es hijo de Jamshid! ¿Por qué no me crees?
-Porque el parecido es indiscutible. Y porque fue registrado como su hijo. Aunque yo te creyese, otros no lo harían.
-¿Quiénes son esos otros? ¿Quién va a decirles que Sam es hijo de Janishid?
-Nadie. Pero tarde o temprano lo sabrán.
-¡Porque tú los has traído hasta aquí! -lo acusó ella.
-¡No es verdad!
-¿Por qué has removido esta vieja historia? Nadie habría sabido nada de Sam si...
Najib negó con la cabeza.
-Fué muy fácil encontraros. Y será igual de facil para otros.
-El testamento llevaba cinco años guardados, ¿por qué os interesa precisamente ahora?
-Eso no puedo decírtelo.
-¿Por qué querría nadie hacerle daño a un hijo de Jairishid? -exclamó Rosalind, asustada.- ¿Quién eres tú? ¿Quiénes son tus enemigos?
-Ya, te he dicho más de lo que debería -suspiró él.
-¿Solo es el hijo de Janishid o toda la familia está amenazada? Tus hijos, por ejemplo... ¿también ellos están en peligro?
-Yo no estoy casado. Pero no es solo tu hijo quién está en peligro.
-¿Es una disputa familiar o algo así?
-No puedo decir nada más, Rosalind. Pero debes confiar en mí. No queda mucho tiempo.
Ella se mordió los labios.
-Y si confío en ti, ¿qué debería hacer?
-Venir conmigo a Barakat, donde podemos proteger a tu hijo.
-A Barakat -repitió Rosalind, pensativa -¿Durante cuánto tiempo?
Najib vaciló.

-Unas semanas... dos o tres meses a lo sumo.
-¿Tres meses? ¿Y luego qué?
-No puedo explicarte cómo cambiará la situación. Pero cambiará.
-Y después de eso... ¿Sam y yo podremos volver a Londres?
-Eso espero. Eso creo. Si tenemos éxito.
-¿Eso esperas? -le espetó Rosalind, furiosa.
-No es culpa mía. Janishid no tenía derecho a casarse contigo sin informar a nadie. Pase lo que pase ahora, es inevitable.
-Pero... -
-Rosalind, te aseguro que puedes confiar en mí. Jainshid desearía que me hicieras caso.
Estaba aterrorizada. No sabía qué hacer. ¿Podía confiar en Najib o estaría metiéndose en una trampa?
-¿Mamá?
La vocecita llegaba del pasillo y los dos se dieron la vuelta. Sam, con el pelo revuelto, los miraba con ojitos de sueño desde la puerta.
-Buenos días, cariño -dijo Rosalind, intentando sonreír.
El niño entró en el salón y abrazó a su madre, mirando al extraño con gesto desconfiado.
-Hola -sonrió Najib.
Sam miró a su madre, interrogante.
-Cariño, este señor se llama Najib al Makhtoum.
El crío lo miró con curiosidad.
-Hola -murmuró por fin-. Este es Lambo -dijo entonces, mostrándole un corderito de peluche que llevaba en la mano.
-Encantado, Lambo.
La mano grande del hombre envolvió la diminuta mano del niño y ese gesto la enterneció. San, miraba al extraño con admiración, con ternura incluso. Y el corazón de Rosalind dio un vuelco. Porque en aquella mirada estaba todo lo que ella, a pesar de su amor, no podría darle: el cariño de un padre.
-¿Eres mi amigo?
-Si, soy tu amigo -contestó Najib.
-¿Eres mi padre?
-San…-empezó a decir ella, avergonzada.
-Pienso cuidar de ti durante unos meses como lo habría hecho tu propio padre. ¿Te parece bien?
El niño parpadeó, sin comprender del todo, pero entendiendo la intención.
-Si-dijo por fin, como si hubiera firmado un pacto.
-Cielo, ¿quieres ir a tu habitación a leer un cuento? Yo iré dentro de un rato -murmuró Rosalind. Cuando Sam salió del salón, se volvió hacia Najib fulminándolo con la mirada-. ¿Por qué le has dicho eso?

-Es la verdad -contestó él.
-No he aceptado que cuides de mi hijo...
-¿Por qué no? El niño necesita un padre.
-Eso lo decidiré yo.
-No me importaría cuidar de él. Es mi obligación, además.
Rosalind se quedó en silencio durante uno, segundos. Aquella conversación era muy peligrosa, sobre todo porque despertaba en ella un anhelo absurdo. ¿Cuántas veces había deseado tener a alguien para compartir las alegrías y las penas? ¿Cuántas veces había deseado tener alguien que la ayudase a criar a Sam?
-Todavía no me has explicado por qué estamos en peligro -le espetó.
-Ya te he dicho que no puedo hacerlo. Pero estoy dispuesto a proteger a Sam como lo haría Janishid. Su padre fue... murió cuando él era un niño y habría deseado que cuidase y quisiera a sus hijos como si fueran míos. Por favor, permite que lo haga -insistió Najib-. Puede que tengamos menos tiempo del que creíamos.
Sus palabras la asustaban, pero temía confiar en él. Por muchas razones.
-¿Cuándo iríamos a Barakat?
-¿Tienes el pasaporte en regla?
-Sí.
-Entonces, inmediatamente. ¿Cuándo estarás lista, mañana?
Rosalind se asustó. ¿Tan pronto? ¿Irse de Londres sin saber cuál iba a ser su destino?
-El sábado que viene.
Najib negó con la cabeza.
Una semana es demasiado tiempo. Debe irnos el miércoles o el jueves como muy tarde.
-El viernes -dijo ella-. No puedo estar lista antes del viernes.
Una vocecita le decía que necesitaba tiempo para pensar.

CAPITULO 5

Rosalind paseaba por el apartamento, nerviosa.
«Tu hijo está en peligro. Debe esconderse».
Esas palabras daban vueltas y vueltas en su cabeza. No sabía si era verdad o una mentira para obligarla a ir con él a Barakat, pero no podía ignorar la advertencia.
O confiaba en Najib al Makhtoum o se iba de Londres. Debía proteger a Sam porque Najib tenía razón sobre una cosa: cualquiera que estuviera interesado llegaría a la conclusión de que era hijo de janishid.
¿Por qué un hijo de Janishid estaría en peligro? ¿Una antigua disputa familiar? ¿Una venganza tribal? Había oído que algunas tribus árabes estaban en continua pelea con otras, pero parecía tan absurdo en el siglo XXI...
«Janishid no tenía derecho a casarse contigo».
¿Por qué? ¿Por qué no le había contado a su abuelo que estaba casado con una europea? Recordaba la carta que recibió de su marido poco antes de irse a la guerra. En ella le a que la familia estaba encantada con la noticia.
La carta de su abuelo había probado que era mentira. Desde entonces dudó de él. Pero Jamshid había sido un hombre optimista. Sin duda pensaba aclararlo todo antes de llevar a su esposa a Barakat...
Sin embargo, después de conocer la noticia, o creer que la conocían, en lugar de felices, estaban todos paranoicos.
Rosalind sintió un escalofrío. Era como estar rodeada de animales en la oscuridad.
Y no la ayudaba nada descubrir lo atraída que se sentía por Najib al Makhtoum. Aunque era un hombre muy atractivo. Y un hombre en el que podría apoyarse... mientras estuviera de su lado.
La única relación importante de su vida era su hijo. Rosalind salía con amigos, pero no podía confiarle su secreto a nadie. Aquello la había aislado emocionalmente.
Sin embargo, a pesar de no confiar en él del todo, sentía en Najib al Makhtoum una fuerza masculina que había echado en falta durante mucho tiempo. Llevaba cinco años siendo fuerte y estaba cansada.
No podía arriesgarse a confiar, pero intuía, que estaba diciendo la verdad cuando hablaba del peligro que corría su hijo.

Aunque no sabía si era el propio Najib quien representaba una amenaza.
-Sí, está de acuerdo. Pero, a menos que me equivoque, en este momento estará teniendo serias dudas.
Bostezando, Najib se pasó vigorosamente una mano por el pelo para despertarse. La luz del sol iluminaba el pantalón blanco del pijama y sus pies descalzos.
-¿Qué significa eso?
Ashraf siempre olvidaba la diferencia horaria entre Barakat y Londres, pero a él no le importó. Durante la guerra se había acostumbrado a dormir y despertarse a voluntad.
-Es muy posible que salga corriendo.
Al otro lado del hilo hubo un silencio.
-Podría caer en manos del enemigo.
-Esperemos que no sea así -suspiró Najib, levantándose de la cama.
-¿Tú crees que ya se habrán puesto en contacto con ella? -preguntó Ashraf.
-Yo creo que no.
-Entonces, ¿por qué miente?
-Quizá porque ha vendido la Rosa.
Najib tomó la fotografía de Rosalind, que estaba sobre la mesilla de noche. Era el rostro sonriente de una joven que no temía nada.
Ella no lo miraba como miraba en la fotografía. En sus ojos había visto recelo y sospecha. Y no quería que fuese así.
Pero no había razones para que lo mirase dulce expresión. Deberían haberse conocido en otras circunstancias. Entonces existiría la posibilidad de una relación...
-Pero no tendría por qué mentir sobre el niño- insistió Ashraf-. ¿Es posible que Jamshid contase la verdad y ella no quiera saber nada?
-Entonces habría sabido por qué estaba yo en Londres.
-Puede haber disimulado.
Najib miró de nuevo la fotografía. Estaba escondiendo algo, seguro. ¿Pero qué era?
-Me gustaría contarle la verdad, Ashraf. Si Rosalind supiera...
-Acabas de decirme que nos odia a todos. Si le dices la verdad y.. ya hemos hablado de eso, Najib.
El asintió, ausente. Habían discutido el asunto desde todos los ángulos y sabía que tenía razón: era un riesgo que no podían asumir. -En las manos equivocadas, el hijo de Jamshid sería un arma invencible.
-¿Existe alguna posibilidad de que esté diciendo la verdad y el niño no sea hijo de Jamshid preguntó Asliraf entonces.
-Está en la partida de nacimiento...
-Podría haber mentido desde el principio.
Eso significaría que había engañado a Jamshid, que le había mentido a él, a su abuelo... todo por dinero. Najib miró la fotografía de nuevo.
Él no era precisamente un experto en saber si una mujer lo estaba engañando, pero no quería creer que aquella cara angelical fuera capaz de tales maquinaciones.

-Si fuera así, ¿por qué lo negaría ahora que hay dinero de por medio?
Quizá era el dolor por los cinco años perdidos. Cinco años tirados por la ventana por una amarga carta de su abuelo. ¿Podría hacerla entender cómo la historia había destruido a un hombre, cómo lo había hecho recelar de todos los seres humanos, incluso odiarlos?
Pero una relación sentimental con la madre del hijo de Jamishid sería un suicidio en aquel momento. No podía correr riesgos.
«Después», pensó Najib.
El destino dio un vuelco a la situación el lunes siguiente. La agencia de traducciones para la que Rosalind trabajaba le preguntó si estaba interesada en traducir un antiguo manuscrito parvaní.
¡Era más interesante que las traducciones técnicas que solía hacer y lo mejor de todo era que el propietario no quería separarse del valioso documento. El trabajo incluía traslado su casa en la costa hasta que terminase la traducción.
Era la primera vez que le ofrecían algo parecido, aunque no era raro en la agencia. Los propietarios de documentos valiosos no solían querer separarse de sus tesoros y eso significaba que los traductores tenían que trasladarse para hacer su trabajo.
-Pero tendría que llevarme a Sam -le recordó a su agente.
-Si es un niño obediente que no se dedica a romper manuscritos de inapreciable valor, puede ir contigo.
Rosalind dejó escapar un suspiro de alivio. Desaparecería de Londres durante un tiempo y no tendría que arriesgarse a hacer un viaje a
Barakat.
Pero tendría que planear qué hacer para que Najib al Makhtoum no conociese su paradero.
Los días siguientes fueron de una actividad frenética. Como primer paso, le confió a Emma que tenía que marcharse de Londres sin decirle a nadie dónde iba.
-¿Por qué? -preguntó la niñera de Sam, sorprendida.
-No puedo decírtelo -suspiró Rosalind.
Ese mismo día, mencionó como de casualidad a un vecino y al chico del quiosco de periódicos que se iba a Estados Unidos durante unas semanas. Incluso compró dos billetes para Nueva York.
A Helen, la señora de la limpieza, le encargó que regase las plantas una vez por semana. También a ella le dijo que se iba a Estados Unidos.
De modo que todo estaba preparado.
El jueves por la mañana, Sam y ella llegaban en taxi a la estación Victoria. Una vez en la estación, entraron en los servicios, donde Rosalind se cambió de chaqueta, se puso una gorra de visera y unas gafas de sol. Disfrazó a Sam de manera similar y volvieron a salir para tomar un taxi.

Hablando con acento italiano le pidió al taxista que los llevase a la estación de Paddington, desde donde salían los trenes para el sur. En la estación, volvieron a cambiar de disfraz y poco después subían al tren y se alejaban de Londres.
No era ninguna experta, pero estaba casi segura de que nadie podría haberlos seguido.
-De modo que ha decidido escaparse -suspiró Ashraf.
-Así es.
-¿Cómo lo ha hecho?
-Aceptó venir conmigo a Barakat el viernes, pero se marchó el jueves. Por lo visto, tenía dos billetes de avión para Nueva York...
-¿Nueva York? realidad, era una patraña.
-Ojalá hubiera confiado en ti, Najib. Prefiero tenerlos aquí cuanto antes. -No ha podido ser -suspiró él-. Pero no te preocupes. Sabía que tendríamos que usar el plan B.

CAPITULO 6

-Es muy amable por su parte haber venido hasta aquí -sonrió sir Jolín, abriendo la puerta de una sala que la dejó boquiabierta.

Era una biblioteca privada que parecía el decorado de una película. Había libros forrados de piel en estanterías de caoba que iban desde el suelo hasta el techo, con una escalera de caracol que daba acceso a las estanterías más altas.

En una de las paredes había también, un ventanal a través del que podía ver el hermoso jardín, tras el cual había un bosque inmenso. Cada rincón de la biblioteca que no estaba ocupado por libros contenía tapices de Parvan, pinturas de Bagestan y artefactos que solo podían encontrarse en un museo.

-El rey Kavad Panj -murmuró Rosalind, acercándose a un retrato.

-Por supuesto -sonrió sir John-. Es uno de los dos retratos que hizo el artista. El otro está en el palacio real de Parvan. Su Majestad me regaló este cuando me retiré, un gran honor para mí.

Rosalind no se había sorprendido al conocer la identidad del hombre para el que iba a trabajar. Sabía que el manuscrito que iba a traducir debía pertenecer a un notorio coleccionista Sir John Cross, antiguo embajador británico en Parvan, era un enamorado de la cultura árabe y después de haber vivido en el país durante veinte años tenía muchos e importantes amigos allí. Era lógico que las familias adineradas le hubiesen vendido sus

Tesoros antes y después de la guerra.

Rosalind se quedó mirando el retrato, pensando lo diferente que habría sido su vida si no hubiese habido una guerra. El rey Kavad Panj el padre del príncipe Kavian, del que Jamshid era consejero.

Si su marido no hubiera muerto, habría visto aquel retrato en circunstancias diferentes, en el gran palacio de Shahr-i Bozorg. Habría conocido al rey y a sir John en diferentes circunstancias.

¿Habría conocido a Najib al Makhtoum? Cada vez que lo veía tenía la extraña sensación de que se habían conocido en otra vida.

Era un fenómeno curioso, como si estuviera entre dos caminos diferentes...

Pero, por supuesto, se recordó a sí misma, se hubieran conocido antes no habría pasado nada. Porque ella sería la esposa de Jarashid.

De repente, se dio cuenta de que estaba perdida en sus pensamientos.
-Perdone, sir John.
-En absoluto, querida. Me encanta que la gente aprecie mis tesoros. -¿Reconoce a esta persona? -preguntó el hombre, deteniéndose ante otro retrato.
-Creo que es el ex sultán de Bagestan, ¿no? ¿Hafzuddin al jawadi?
-Exactamente. Un gran hombre. Que lo destronasen fue una tragedia no solo para él, sino para todo el país. Yo era embajador de Su Majestad en aquel momento, como sabe.
Rosalind sonrió.
-La verdad es que no he estudiado la historia contemporánea de Bagestan en detalle.
-Historia... -murmuró él, pensativo-. Supongo que ahora solo es historia. El golpe de estado tuvo lugar antes de que usted naciera, por supuesto. En mil novecientos sesenta y nueve. No parece que haya pasado tanto tiempo... pero son más de treinta años. Qué país hermoso y civilizado era entonces...
-Fue un golpe militar, ¿verdad?
-Lo fue y no lo fue, querida. El golpe no habría triunfado sin la complicidad de los intereses occidentales en el petróleo. Algunos dicen que ni siquiera lo habrían intentado sin el apoyo de nuestro propio gobierno. Hafzudun gran demócrata, a su manera. Y un gran aliado de Europa, pero estaba decidido a resistir la hegemonía occidental. Y pronto aprendió que no todas las democracias están dispuestas a dejar que cada país se gobierne por sí mismo.
Rosalínd observaba al anciano, fascinada.
-¿Quiere decir que el destronamiento de los Jawadi fue orquestado...?
Sir John sonrió, volviéndose para mirar el retrato.
-Por supuesto, lo hicieron parecer como algo promovido por su propio pueblo, pero Hafzuddin no era ningún tonto. Cuando ninguno de los que se proclamaban tan amigos suyo s abrió la boca para protestar por el golpe de estado, entendió que había sido traicionado no solo por su protegido Ghasib, que se lo debía todo, sino por sus supuestos amigos en los gobiernos occidentales. Incluyendo, lamento decir, el nuestro.
Sus conocimientos sobre el asunto la dejaron boquiabierta. Nadie más que el embajador podría tener tal información y la alegraba compartiese con ella. -Espero que tenga tiempo para contarme más cosas.
-Por supuesto, querida -rió sir John-. Irfani Arifan ha esperado más de quinientos años para ser traducido y unas cuantas semanas más no le afectarán lo más mínimo. Además, me gustará disfrutar de su compañia.
Sam estaba como en el cielo. La casa estaba rodeada por hectáreas de bosque con riachuelos, árboles y escondites que habrían hecho las delicias de cualquier niño. Además, el ama de llaves tenía dos hijas pequeñas que parecían encantadas con su nuevo compañero de juegos. Sam desaparecía por la mañana y volvía a la hora del almuerzo, agotado y lleno de barro hasta las orejas, contándole que había visto un corzo, un conejo, ranas, peces... Y comía con más apetito que nunca.

Un día, después de que Sam y las niñas salieran corriendo al bosque en busca de aventuras, Rosalind vio desde el balcón a un hombre con botas altas, gorra y escopeta que iba tras ellos.
Volvió a verlo al día siguiente. Y al otro.
-¿Hay alguien vigilando a los niños? -le preguntó a sir John.
El hombre, que estaba tomando una copa de vino, la derramó sin querer sobre el precioso mantel de damasco.
-Ah, veo que ha visto a Jenkins -dijo, con una sonrisa de disculpa-. Es el guardés. Y me temo que no le hace mucha gracia que los niños anden corriendo de un lado a otro. Cultiva varias clases de flores exóticas y preferiría que no salieran del jardín. Es muy celoso de su territorio, pero no los asustará... solo se encarga de que no pisoteen sus flores.
Aquella explicación no la dejó muy tranquila.
-¿Lleva mucho tiempo trabajando para usted?
-Sí, sí mucho tiempo. Toda la vida. Incluso conocía su abuelo. No tiene que preocuparse por Jenkins, querida. El se encargará de que a no les pase nada.
Eso la tranquilizó un poco más y pudo seguir cenando sin pensar más en el asunto.
Sir John era un hombre muy culto y, además de conocer a fondo el mundo árabe, era un placer hablar con él sobre arqueología e historia. Incluso le habló de un menhir prehistórico escondido en el bosque.
-¿Aquí en su propiedad?
-Así es.
-¿Donde está?
-No es fácil de encontrar -sonrió sir John, tomando un sorbo de vino-. Pero es una tradición de los yacimientos megalíticos que la gente deba encontrarlos después de buscar corazón. Algunos lo encuentran inmediatamente, pero a la mayoría le resulta difícil. Y hay algunos que no lo han encontrado nunca. Puedo decirle, como le digo a todos mis invitados, que está en el cuadrante suroeste de la finca. Pero no puedo decirle nada más.
Rosalind no podía dejar de pensar en Najib al Makhtoum. En la biblioteca, mientras traducía el manuscrito de antigua sabiduría mística titulado El conocimiento de los sabios, podía olvidarse de él. Pero por la noche, en su dormitorio, el recuerdo de aquel hombre la perseguía,
Una vez soñó que él estaba al lado de su cama y la llamaba en voz alta. Se despertó entonces y le pareció sentir su esencia alrededor
Si supiera que podía confiar en él...
No la ayudaba nada que sir John hablase constantemente sobre Parvan y Bagestan, recordándole sus lazos con esa zona del mundo,
No podría escapar para siempre, pensó entonces. En algún momento tendría que lidiar con la familia de Jamshid y con su herencia.

Varias veces estuvo a punto de preguntarle a sir John si conocía a la familia Bahrami o a los al Makhtoum. Pero no lo hizo porque tales preguntas llevarían a más preguntas por su parte. Preguntas que no estaba preparada para contestar.
Además, sir John podría conocer a la gente que, según Najib, estaba buscando a Sam.
Rosalind se acostumbró a levantarse temprano por las mañanas y dar un largo paseo antes de desayunar, esperando encontrar el yacimiento megalítico.
En el cuadrante suroeste el bosque era muy espeso y, aunque algunos caminos llevaban directamente a la valla de piedra que cerraba la finca, otros simplemente se perdían entre los frondosos árboles.
Aquella mañana, sin embargo, su mente no estaba en el yacimiento de piedra sino en el problema que no se paro a considerar antes de marcharse de Londres: cómo iba a saber que el peligro había pasado y Sam y ella podrían volver tranquilamente a casa.
Mientras pensaba en ello, seguía el curso alegre de un riachuelo. Los árboles que lo rodeaban eran muy viejos, olmos, cipreses, robles y el sol apenas penetraba a través de las ramas, Podría pasar al lado del menhir y le sería difícil detectarlo.
Era como si hubiera vuelto al pasado, cien años atrás cuando el bosque era nuevo, de árboles jóvenes... Tan concentrada estaba que perdió el pulso de la realidad y entró en otra…
El riachuelo se ampliaba en aquel tramo del bosque y el camino parecía terminar frente a un árbol muy viejo. Si quería continuar debía meterse en el agua para rodearlo.
Rosalind reconoció el sitio como el lugar donde tantas veces había dado la vuelta, pero aquella mañana decidió seguir. Sir John había dicho que encontrar el yacimiento megalítico no era fácil.
Quitándose las zapatillas, se sujetó a una de las ramas del árbol para meter los pies en el agua.
El riachuelo era más profundo de lo que había creído, pero el fondo estaba lleno de piedrecitas y no resultaba difícil caminar. Sin soltar la rama, Rosalind saltó por encima de las retorcidas raíces del árbol y llegó al otro lado.
Y allí, en un claro, bajo la sombra del gran roble estaba la piedra.
Casi podía sentir su poder magnético. Era increíble. Había penetrado en un sitio mágico.
Sin hacer ruido, se escurrió la falda empapada y se acercó al menhir. Medía más de dos metros. Era ancho en la base y un poco curvado en la cima. Daba la impresión de ser una mujer en posición de rezo, con los muslos apoyados en los talones. Las rodillas formaban un asiento natural. «Ven a la madre>> parecía decir. Sonriendo, Rosalind miró la piedra que parecía llena de vida.
Absurdamente, sintió el deseo de entregarse a esa madre anciana, eterna; sintió el deseo de sentarse sobre unas rodillas que la conectaban con el universo. Se acercó, sintiendo la sensualidad del musgo sobre la piedra, de las hojas bajo sus pies descalzos, de las ramas de los árboles...

Vio algo moverse cerca de la piedra, pero le natural, parte de aquel momento.
Cuando vio a un hombre alto, moreno, mirándola no se extrañó. Una parte de ella reía la antigua verdad de que hombre y se llamaban en presencia de la madre naturaleza. O no estaba preparada para descubrir hombre era Najib al Makhtoum.

CAPITULO 7

Rosalind quería correr, quería quedarse quería gritar.. quería seducirlo. De repente tuvo una visión de cómo los antiguos pobladores de la zona habrían adorado aquel menhir, rogando fertilidad a la madre naturaleza. Y sintió el deseo de repetir el rito con Najib.

Con pantalones y polo negro, su rostro parecía más bronceado que nunca. En la tradición celta, los hombres oscuros daban buena suerte. Un hombre oscuro debía ser el primero en entrar en casa el día de Año Nuevo, para asegurar la suerte.

Y también había una oscura y antigua tradición según la cual el sexo con un hombre oscuro llevaba fertilidad a una mujer, igual que la llevaba a los campos yermos.

Las voces de los antiguos dioses le susurraban al oído, tentándola...

Rosalind salió corriendo.

Corrió descalza por la hierba y los dioses miraban, encantados con la caza. Las hojas de los robles, de los cipreses, temblaban a su paso, algunas flores cayendo sobre su cabeza, porque las flores eran parte del rito...

Los arbustos arañaban sus piernas desnudas, haciéndole sangre, y todo temblaba en anticipación de esa otra sangre virgen que mancharía sus muslos. Pero las ramas sujetaban al hombre porque la caza era deliciosa y querían prolongarla todo lo posible. Había pasado tanto tiempo desde que dos humanos les proporcionaban tanto placer…

Una extraña locura la llevaba por aquel y este camino y, por fin, Rosalind obedeció a la necesidad y volvió hacia el claro, hacia la madre naturaleza, donde la hierba era suave, donde la diosa esperaba.

Y entonces, obediente, la hierba tiró de sus pies y la doncella cayó al suelo, dispuesta al sacrificio.

El hombre oscuro estaba muy cerca y no que la hierba lo ayudase para tumbarse a su lado, como quería la diosa. La doncella luchó porque el hombre debía probarle su fuerza antes de sucumbir.

La hierba sujetaba la falda de su vestido, subiéndola hasta las caderas y las flores silvestres su pelo. Un capullo besó sus labios luchaban en la hierba.

-¡No seas tonta! -gritó Najib-. No quiero daño.

La voz del hombre penetró en la locura que la consumía. Rosalind se quedó inmóvil jadeando.

-¿Cómo... me has encontrado?

Estaba encima de ella, los ojos clavados en los suyos, mirándola como un animal salvaje.
-Tenía que encontrarte -murmuró Najib con voz ronca.
-Najib... -protestó ella.
Pero bajo la protesta había una nota de deseo. Por un momento, los dos se quedaron inmóviles. El único movimiento, un suave golpe de viento como un suspiro que dejó un capullo rojo sobre sus labios. Cuando Rosalind levantó la mano para apartarlo, él se lo impidió.
Lentamente, inclinó la cabeza y besó el capullo con una ternura que envió una corriente de deseo por todo su cuerpo. Rosalind cerró los ojos para no ver.
El hombre oscuro enredó los dedos en su pelo y deslizó los labios por su mejilla, tan suavemente que no estaba segura de si la había besado.
Sus labios, o los pétalos del capullo, rozaban su cara, el puente de su nariz, los párpados...
Rosalind abrió los ojos y se miraron uno a1 otro, como borrachos. Entonces sus bocas se tocaron, se bebieron, se devoraron.
Estaban uno encima del otro, perdidos el, un río de sensaciones. Najib la besaba con un hambre que parecía llegar del centro de la tierra. Sus manos encontraron el camino hasta los muslos desnudos y ella no protestó.
El hombre oscuro seguía acariciándola, la mano hacia arriba, perdiéndose entre sus piernas...
Y entonces, abruptamente, el mundo real retornó. ¿Quien era? No lo conocía. No sabía lo que quería.
-Dios mío, ¿qué estamos haciendo? – murmuró asustada.
Najib sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos.
-¿Es que no lo sabes?
-Suéltame -le espetó Rosalind, la doncella. Una flor golpeó entonces su mejilla, como recordándole cuál era su deber.
-Rosalind…
El viento se había parado, las hojas dejaron de temblar como si, por un momento, la naturaleza estuviese conteniendo la respiración. Najib dejó escapar un suspiro, apartándose.
Ella se levantó, preguntándose qué demonios había pasado. El viento volvió entonces más fuerte, más frío, y Rosalind se bajó la falda, temblando de miedo y de deseo.
-¿Como has llegado aquí? ¿Cómo sabías donde encontrarme?
-Sabía que estabas aquí porque yo te he traído aquí -suspiró Najib.
-¿Me has traído aquí? ¿Cómo..?
Sobre sus cabezas, una nube había oscurecido el sol. Rosalind miró hacia arriba, temblando de frío, confusa.

-Sir John es un viejo amigo de la familia. Naturalmente, yo estaba preocupado por tu seguridad y he querido protegerte. A ti y a tu hijo. Pero no estarás segura aquí durante mucho tiempo. Habrá que tomar otras medidas,

Sus palabras la asustaron todavía más,

-¿Quieres decir que solo me ha contratado porque ... ?

-Será mejor que nos vayamos -la interrumpió él, poniéndose en pie- Está a punto de llover.

-¡Ay! -exclamó Rosalind cuando algo golpeó su brazo-. Está granizando... ¡es granizo!

- Vamonos.

Najib tomó su mano y juntos corrieron por el camino para guarecerse bajo las ramas de un árbol.

-Qué raro que haya vuelto al mismo claro. ¿Dónde está la piedra? Debería...

-Está ahí -dijo él-. Pero no es fácil verla desde aquí.

Tenía razón. El menhir estaba allí, pero no podía verlo porque los colores de la piedra se mezclaban con los del bosque, haciéndolo invisible.

El furioso granizo seguía golpeando el suelo, pero bajo las fuertes ramas del árbol estaban protegidos.

-¿Como sabías que iba a encontrar el menhir?

-No lo sabía. Pero el camino que tomaste en el viejo roble y hay dos opciones: Vuelta o meterse en el riachuelo. Si te metes en el agua, encuentras la piedra. Habías venido por aquí varias veces y pensé que hoy te atreverías.

-¿Has estado siguiéndome? -le preguntó Rosalind. Najib no contestó-. ¿Por qué?

-Para protegerte.

-¿Dónde te hospedas?

-¿N0 te he dicho que tanto tú como el niño en peligro? ¿Crees que te dejaría ir por ahí sin protección?

Ella parpadeó, confusa.

-Quiero una explicación.

Najib la miró, muy serio. -Te la daré.

Cuando dejó de granizar, salieron del bosque y tomaron el camino que llevaba a la casa.

-He perdido las zapatillas -dijo Rosalind.

-No te preocupes por eso.

-Entraron en la casa por una puerta medio escondida entre la hiedra que Rosalind no conocía. Najib la llevó entonces hasta la biblioteca para mostrarle el retrato del que sir John le había

hablado el primer día.

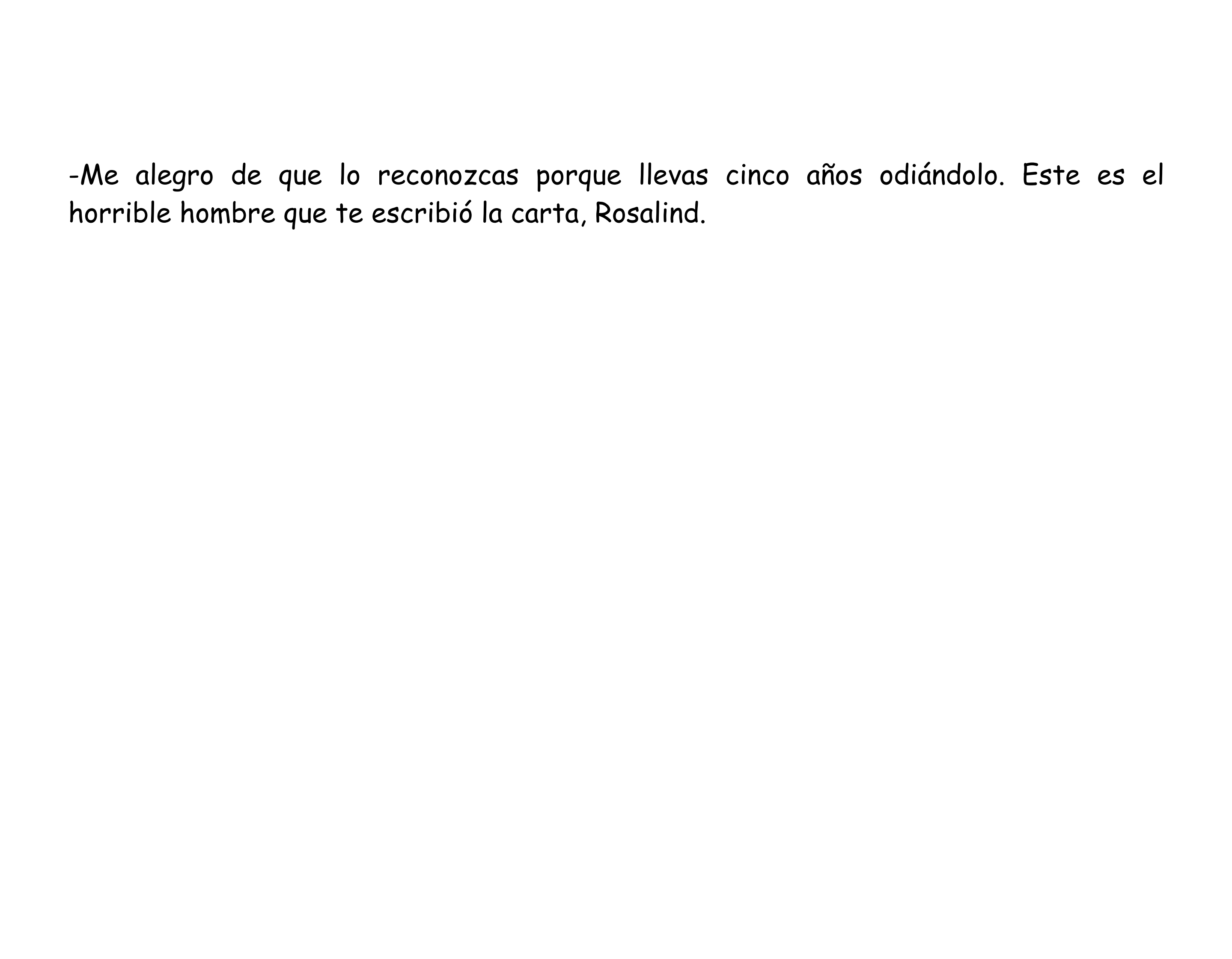
-Ya he visto el retrato.

-¿Reconoces a este hombre?

-Sí, es Hafzuddin al Jawadi. El antiguo sultán de Bagestan, que fue expulsado del trono en 1969.

Él la miraba con una expresión que la asustó.

-Me alegro de que lo reconozcas porque llevas cinco años odiándolo. Este es el horrible hombre que te escribió la carta, Rosalind.



CAPITULO 8

-¡Respira! ¡Rosalind, respira!
Ella abrió los ojos y reconoció el brocado de las cortinas. Lo reconoció, pero no sabíadónde estaba.
-¿Qué me ha pasado ¿ -murmuró, mirando alrededor.
Najib estaba apoyado en la ventana, mirándola con una expresión indescifrable.
-Nunca me había pasado algo así -dijo Rosalind, llevándose una mano a la frente-. ¿Es cierto lo que has dicho del retrato?
-Claro que es cierto -dijo él, impaciente-. ¿Por qué iba a mentirte?
-No lo sé. Me siento como en una película de James Bond o algo así... ¿Por qué no me habías dicho que Jamshid era nieto del sultán Hafzuddin al Jawadi?
-Lo siento, Sé que debería habértelo dicho.
De repente, Rosalind recordó aquella absurda escena en el bosque y se puso colorada. Nunca volvería a dudar de la teoría de que algunos rincones de la tierra tienen extraños poderes.
-Entonces, ¿quién era Jamshid?
-Su nombre verdadero era Kainil, el único hijo del príncipe Nazim. Fue enviado a Pavan cuando asesinaron a su padre...
-¿El hijo del príncipe Nazim? El habría sido...
-De no ser por el golpe de estado, habría sido el sultán, sí -asintió Najib-. Había muchos esperando que así fuera.
-Los refugiados -murmuró Rosalind.
-Todo el país -la corrigió él.
Por eso había dicho que Janishid no tenía derecho a casarse con ella.
Los dos se quedaron en silencio, perdidos en sus propios pensamientos. Rosalind lo vio tirar de la antigua campanilla y, unos segundos después, estaba dándole instrucciones al mayordomo de sir John.
Con toda naturalidad. Por supuesto. También él era nieto del sultán.
-¿Tú también ocupas un puesto como heredero al trono?
-¿Yo? No.
-¿Por qué no?
-Porque otros tienen más derecho.
-¿Te gustaría?
-No tengo ningún deseo de ocupar el trono de mi abuelo.

Rosalind no cuestionó tal afirmación. No era un destino que ella hubiese elegido ni en un millón de años.
-¿Cómo pudo casarse conmigo sin contármelo? ¿Por qué no…?
-Es imposible saberlo. Quizá cuando quedaste embarazada pensó que su deber estaba contigo y con su hijo.
-Pero, ¿por qué no me lo contó? Nunca me dio ni la menor pista...
-¿Te habrías casado con él de haberlo sabido?
Ella apartó la mirada.
-_No lo sé. Estaba enamorada, pero si hubiera existido la posibilidad de que Janishid se convirtiera en sultán... Eso no me habría gustado en absoluto.
Najib entendía a su primo. Entendía que la belleza de Rosalind pudiera hacer que un deseara atarla a él a toda costa.
-Quizá por eso no te lo dijo.
El sultán Hafzuddin tenía tres esposas- murmuró ella, pensativa-. ¿No es así?
-¿Y vosotros sois... hermanastros?
-Rabia su primera mujer, era una Quraishi, emparentada con la familia real de Barakat. Tuvo dos hijos, Wafiq y Safa. Sonia era una mujer francesa, hija del conde de Vouvrai. Tuvo tres hijas, Muna, Zaynah y Yasmin. Maryam su tercera esposa, era una Durrani, emparentada con la familia gobernante de Parvan. Ella fue la madre de Nabila y Nazim. Ya que Nazim era el hijo favorito de Hafzuddin y el nominado para sucederle en el trono.
-¿Quién era tu madre?
-Yasmin. Mi abuela era Sonia, la esposa francesa de Hafzuddin.
-Ah, entiendo.
Rosalind respiró profundamente, mirando por la ventana. Un cervatillo salía entonces del bosque y miraba hacia la casa con curiosidad.-Mi abuelo tenía un hijo adoptado. Su nombre era Ghasib. Quizá conozcas la historia. Lo vio en la calle un día cuando era niño, un huérfano que buscaba en la basura para comer. Estaba jugando a hacer la guerra con otros niños de la calle e impresionó a mi abuelo con sus habilidades. Hafzuddin lo adoptó, lo envió a una academia militar y lo entrenó para ser general.
Detrás del pausado tono de voz, Rosalind notó una profunda rabia.
-Pero nadie lo entrenó para ser leal, ¿verdad?
-Me temo que no. En 1969, Gashib, el hombre que ahora se llama Presidente Supremo de Bagestan... -la voz de Najib estaba llena de desprecio- era el jefe de las fuerzas armadas de mi abuelo. Supongo que lo habrás estudiado al estudiar la historia de mi país.
-Sí.
Rosalind conocía la historia, pero como algo sacado de un libro, no como la historia de la familia de su marido...

Gashib era huérfano, pero tenía un hermano y muchos primos a los que fue dando puestos importantes. Bajo su liderazgo, todo el ejército, excepto la guardia real, acabó siendo leal al traidor.
-El príncipe Nazim, padre de Jarnshid, fue asesinado durante el asalto a palacio. La princesa vio como mataban a su marido y se fingió una criada, consiguiendo así escapar con su hijo escondido en un fardo de ropa. Sus leales la ayudaron a llegar a Parvan, su lugar de nacimiento.
-La princesa Hana era su suegra. Rosalind no podía creerlo.
-Pero hay cosas que no puedes saber porque no están en ningún libro de historia -siguió Najib. Después del golpe de estado, mi abuelo ordenó que toda la familia adoptase nombres falsos. Hana se fue a las montañas, donde tomó el nombre de la tribu que siempre había sido leal a los Durrani, y Karnil Durrani ibn Nazim i Bagestani se convirtió en Jamshid cuando tenía cuatro años.
Rosalind observó al cervatillo inclinar la cabeza para mordisquear una planta. El sol iluminaba la piel de color castaño. Tan tierno, tan frágil. Su corazón se rompía por la delicada majestuosidad del animal.
-Sigue, por favor.
-Pero no todo el mundo pudo desaparecer. Mi tío Wafiq fue asesinado en 1977, pero se informó de su muerte en 1984, diciendo que fue un ataque al corazón . Si se hubiera sabido que el príncipe Wafig había sido asesinado, sus hijos también habrían corrido peligro. Ahora son ellos los más cercanos al trono.
Najib dejó de hablar y el silencio, sofocante los envolvió a los dos. Rosalind se acercó al retrato para mirarlo de nuevo.
-Todo esto es tan increíble…
-¿Ves ese anillo? -le preguntó él entonces señalando una de las joyas que llevaba el sultán-. Es la Rosa de al jawadi. Por tradición, pasa del sultán a su heredero. Jarnshid, el príncipe Kamil, recibió este anillo de mi abuelo el día que cumplió veinte años. Ha desaparecido.
Era un anillo enorme, circular, que ocupaba casi todo el dedo. Una joya que no podría pasar desapercibida.
-¿Y tú pensabas que Janíshid me lo había dado a mí?
-¿No es así?
-Nunca he visto nada parecido. ¿No dijiste que era un diamante? Eso no parece un diamante.
-Es un diamante muy raro, de color rosa. Muy antiguo, de sesenta y tres quilates.
-¡Sesenta y tres quilates! -exclamó ella-. Te aseguro que Jamshid jamás me regaló una joya así.
Rosalind miró de nuevo el retrato. Había sido pintado cuando el sultán era relativamente joven, quizá cuarenta años, y su rostro era impresionante. Entonces descubrió el parecido familiar con Sam. Y con Najib.

-¿Puedes entender un poco a mi abuelo ahora? Era un buen gobernante, pero eso no de la traición del hombre que más le debía. Uno por uno, sus tres hijos fueron asesinados. Después, la tortura de esperar para si su nieto crecería hasta convertirse en un hombre. Y entonces Jamshid volvió de Inglaterra anunciando que se iba a la guerra al lado príncipe Kavian. Un riesgo para su vida, decía mi abuelo... Y su vida no era suya para arriesgarla. El príncipe Kainil al jawadi le debía la vida a su pueblo. Su muerte fue el golpe definitivo para mi abuelo. Cuando te escribió la carta, ya no era él mismo.
Rosalind se quedó en silencio durante unos segundos.
-¿Jamshid también fue asesinado? -preguntó por fin.
-No. Murió luchando valientemente en el campo de batalla.
-¿Por qué está en peligro la vida de Sam si nadie sabía que Jamshid...?
-No lo sabían entonces, Rosalind. Pero estamos casi seguros de que Gashib ha descubierto la identidad de Jarnshid Bahrarni. Es una suerte que encontrásemos el testarnento cuando lo hicimos.
-¿Tú has traído a Ghasib hasta mí?
-No. Pero tarde o temprano te encontrara-, no lo dudes.
Ghasib, aquel demonio. Un hombre que había matado a su propio hermano cuando sospechó que le era desleal.
Respirando profundamente, Rosalind se volvió de nuevo hacia la ventana. El cervatillo había desaparecido.
-¿Y qué pasará cuando nos encuentre?
Najib la llevó hasta lo que sir John llamaba su estudio. El mayordomo había servido allí el desayuno y estaba colocando la cafetera sobre una mesita frente a la ventana.
Cuando entraron, los saludó con la cabeza y desapareció discretamente.
Rosalind necesitaba un café. 0 algo más fuerte. Estaba absolutamente consternada.
Cuando volvió a mirar al hombre oscuro que estaba frente a ella, le pareció más un extraño que nunca. El nieto de un sultán.
-Cuéntame -insistió ella. Aunque lo último que deseaba saber era que el Presidente Supremo de Bagestan quería matar a su hijo.
-Ghasib no es un hombre cuerdo. Si se entera de que hay un hijo del heredero al trono, se sentirá amenazado. Debemos evitarlo a toda costa.
La taza de Rosalind tembló sobre el plato.
-¿Cómo?
Aunque sepa que Jamshid Bahrami era el nombre del heredero de Hafzuddin, Ghasib no sabe nada de ti por ahora. Y puede que podamos engañarlo.
-¿Cómo sabe el nombre? -preguntó ella.
Najib se encogió de hombros.
-No estamos seguros. El gobierno de Ghasib ha producido un nuevo desastre en la agricultura y el hambre hace que la gente se venda, Rosalind.
Parecía un hombre diferente, más duro. Hablar del hambre en su país le producía un dolor profundo.

-¿Y qué hacemos?
-Hay dos opciones. Ghasib no tiene hijos y la muerte de su hermano no ha nombrado sucesor. Si fuera inteligente, aceptaría tener a Sam bajo su «protección». De ese modo, podría aparentar que él actúa solo como regente, esperando que tu hijo tenga edad para gobernar. Eso le daría una gran ventaja porque es muy impopular entre su pueblo.
Najib hizo una pausa para volver a llenar las tazas.
-Pobre Sam. Tan pequeño...
-Si además tiene la rosa de al Jawadi, el símbolo que probaría que Samir es el heredero del príncipe Karnil, será absolutamente imposible echarlo del trono.
-¿Y Ghasib es suficientemente inteligente como para verlo así?
-Puede que alguien le obligue a verlo. Tú misma, por ejemplo. Ghasib te ofrecería la luna para que vivieras en Bagestan, haciendo el papel de feliz madre del heredero. Pero sería un gran riesgo. Aunque el propio dictador aceptase el papel de Samir como heredero, hay muchos primos y familiares ambiciosos. Las posibilidades de que tu hijo se convirtiera en sultán serían muy pocas.
Rosalind frunció el ceño.
-¿Lo estás diciendo en serio? ¿Crees que yo iría a Bagestan para hablar con Ghasib? ¿Con qué objeto? ¿Para lucir diamantes y sedas? ¿Para ser la madre de un sultán? ¡Dios mío, qué horror!
-Lo siento, no quería insultarte.
-Si te fijaras un poco, te habrías dado cuenta de que yo quiero mucho a mi hijo -replicó ella, furiosa.
-Rosalind, el mundo está lleno de gente que vendería su alma al diablo por un puñado de monedas.
-Yo no.
Najib no la conocía y no sabía qué podía esperar de ella. Y era lógico. Ni siquiera le había contado la verdad sobre Sam.
Para ganar tiempo Rosalind decidió comer algo. Desayunaron en silencio, preocupados los dos.
-Tengo que elegir, ¿no? -preguntó por fin- No hay forma de escapar. O contigo o con Gashib.
-Sí contestó Najib.
Ella sacudió la cabeza.
-Ya me has dicho cuál sería la oferta de Gashib- Será mejor que me digas cuál es la tuya. Supongo que tienes una -dijo entonces, mostrándole el diamante que él mismo había su dedo-. De hecho, podrías decir que ya has hecho el primer pago.
-Es tuyo- mi primo lo dejó para ti en su testamento. No podía escondértelo solo para que no pensases que quería comprarte.
-¿Cual es tu oferta? -insistió Rosalind, furiosa.

No estaba solo enfadada con él. Estaba enfadada con Jamshid por haber creado aquella situación imposible. Enfadada con el destino… y con Lamis. ¿Por qué la prima de Jamshid no le había advertido?
-Lo primero que hay que hacer es llevarte a un sitio seguro.
-Pensé que éste era un sitio seguro.
-Sería mucho mejor que vinieras a Barakat. Esta opción solo era el plan B.
-¿Por qué debo ir a Barakat?
Najib la miró sorprendido.
-Porque allí tenemos los recursos del estado. En Barakat estarías protegida por un ejército si fuera necesario.
-¿Un ejército?
-Las fuerzas armadas de Barakat, por supuesto. No lo sabes, pero yo soy consejero del príncipe Rafi. ¿Crees que los príncipes árabes no están interesados en la seguridad de una familia con la que tienen lazos de sangre?
Rosalind se quedó en silencio. Estaba asustada y Najib lo sabía. Pero no podía evitarlo. Tenía que convencerla.
-¿Cómo vas a protegerme de Ghasib?
-Con una campaña de desinformación.
Ella suspiró, nerviosa. Estaba metiéndose en un laberinto del que no conocía la salida.
-¿Una campaña de desinformación? -repitió, con voz ronca.
-Si lo hacemos, puede que Samir pierda para siempre la oportunidad de ser sultán de Bagestan. Ahora es un niño pequeño, pero como único nieto del príncipe Nazim, dentro de diez o doce años sería el elegido por el pueblo para sustituir a Ghasib. Si ahora inventamos una personalidad nueva para él, será difícil convencer a la gente de quién es en realidad.
-Pero si ni tú mismo crees la verdadera historia...
-Rosalind, ¿crees que tu hijo lamentará algún día no heredar el trono que le corresponde? –preguntó Najib, ignorando el comentario.
El corazón de Rosalind se encogió. Intentaba imaginar cómo sería la vida de Sam, rodeado de lisonjeros que insistían en que debía ocupar el trono de Bagestan...
-No puedo convencerte de que Sam no tiene derecho al trono porque no es hijo de Jamshib, pero espero que creas que haría todo lo posible para evitarle una vida de sufrimientos. ¿Cuál es la solución?
-La solución es hacer creer a todo el mundo que Sam es mi hijo.

CAPITULO 9

Rosalind descubrió que no era capaz de reaccionar. Había sufrido demasiadas conmociones en la última media hora. Si la pared de la habitación se hubiera abierto para dejar paso al propio sultán Hafzuddin, no se sorprendería en absoluto.
Pero el miedo la hacía más fuerte. Su vida no era, desde luego, lo que había esperado, pero tenía que acostumbrarse.
-¿Y cómo haremos eso?
-Aparentando que yo soy el hombre con el que te casaste hace cinco años.
-¿Y eso funcionaría? ¿Es que nadie sabe la verdad?
-Yo también estudié en Europa, al mismo tiempo que mi primo. Además, hice frecuentes viajes a Londres y mi identidad estaba oculta, como la de Janishid. Y volví también a mi país para luchar en la guerra.
-¿Cómo te llamabas?
-Nadim al Azzam. Pero debemos esconder eso a los medios de comunicación.
-Los medios de comunicación -repitió ella
-Así convenceremos a Ghasib de que los rumores son ciertos- La historia será confirmada por la prensa.
-¿Qué historia? ¿Que tuviste que esconder tu identidad para sobrevivir?
Najib negó con la cabeza.
-Una mucho más romántica. Aún no sé los detalles, pero la idea es que vine a Londres como refugiado y me casé contigo. Después, volví a mi país para luchar en la guerra y tú me creíste muerto. Hace solo unos días descubriste que había sobrevivido y yo, que tenía un hijo. De modo que he vuelto para llevarte a mi país.
Rosalind lo miró, asombrada.
-Pero esa historia está llena de agujeros... ¿por qué no me llamaste en cinco años? ¿Por qué no…?
Najib levantó una mano.
-Ya he dicho que hay que hacer la historia creible. Sé que no será fácil, pero te ruego nos dejes intentarlo para salvar la vida del hijo de Jamshid.
-¿Fingiendo que estoy casada contigo?
-Casándote conmigo, Rosalind.
-Si ya estamos casados, ¿para qué vamos a casarnos de nuevo?
-Porque te he dicho cuál es mi verdadero apellido y quién es mi familia.
-¿Y qué ventaja hay en eso?

-Primera, que Sam y tú tendréis el apellido de una prestigiosa familia que ha gobernado mi país durante generaciones.
-¿Y la segunda?
-Que la boda saldrá en todos los periódicos.
-¿Cómo lo sabes?
Najib sonrió.
-Yo me aseguraré de eso.
Rosalind alargó la mano para tomar la cucharilla, pero le temblaba tanto que no se atrevió a llenarla de azúcar.
-No sé...
-Todo sería una farsa, por supuesto. ¿Crees que intentaría aprovecharme de ti? Recuerda que estarás bajo mi protección.
-No -dijo ella entonces-. Samir no es hijo de Jarnshid y no tiene derecho al trono. ¿Por qué no podemos decirle eso a Ghasib?
-Rosalind...
-Si hago todo lo que dices, solo estaría metiéndome en este lío de cabeza. No quiero que mi hijo pretenda un trono que no le pertenece. ¡No es hijo de jamshidi! ¿Por qué no me crees?
-¿Y el parecido con mi abuelo? -dijo Najib.
-En vuestra familia existe la costumbre de no escuchar a los demás, ¿verdad? Tu abuelo no me creyó cuando le dije que estaba embarazada de Jamshid, y ahora tú no crees que no sea su hijo...
-¡Mírame! -ordenó él entonces-. ¿Me das tu palabra de honor de que Samir no es hijo dejamshid?
-¡Sí!
-¿Quién es su padre entonces? -le espetó Najib. Rosalind apartó la mirada. No quería que pensara lo que estaba pensando, que había engañado a Jamshid. Pero no podía contarle la verdad-. ¿Crees que podrías revelarle al mundo que engañaste al príncipe y le robaste a su pueblo el sultán que le pertenecía?
-Yo no he engañado a nadie. Estaba embarazada y perdí el niño. Y entonces... entonces...
-Muy bien -la interrumpió él-. Perdiste el hijo del príncipe Kamil y quedaste embarazada inmediatamente después. Como tu marido estaba muerto, tiene que haber otro hombre. Tendrás que darme pruebas.
-¿Qué clase de pruebas?
-ADN por supuesto.
-¿Qué? -exclamó Rosalind-. Jamshid está muerto. ¿Es que habéis guardado su cadáver, por Dios bendito?
-Una prueba de ADN con cualquier miembro de la familia será suficiente. Yo mismo me la haré.

Ella tragó saliva. Una prueba de ADN no serviría para probar que Sam no era hijo de Jamshid . Todo lo contrario. Mostraría que el era pariente de Najib al Makhtoum.
Rosalind y Najib estaban sentados en el sofá, él sujetaba cariñosamente su mano. Rosalind apoyó la cabeza sobre su hombro, disfrutando de la proximidad del hombre, aunque sabía que era peligrosa.
Estaba enamorándose de él. Que fuera fruto de las circunstancias, de su propio miedo, del cansancio de criar a un hijo sola, no la salvaba.
Deseaba besarlo, deseaba que Najib la tomase en sus brazos... ¿qué podía la lógica contra eso?
-¿Quiere mirarlo, Rosalind? -dijo una voz.
Ella, obedientemente, se volvió para mirarlo a los ojos. Najib la miraba con gesto posesivo, pero debía recordarse a sí misma que solo era una charada.
Los fotógrafos seguían haciendo su trabajo, mientras los periodistas no dejaban de hacer preguntas.
-¿Cómo se siente, Rosalind?
-Maravillosamente bien -contestó ella, como habían preparado de antemano con Gazi al Harrizeli, el jefe de prensa de Najib.
Gazi estaba sentado en un sillón, supervisando la entrevista, y Rosalind se sentía como una oveja rodeada de lobos y con dos perros guardianes dispuestos a saltar en cualquier momento.
Había aceptado aquello porque tenía que hacerlo. Por fin entendió que si empezaban a correr rumores de que Sam era el hijo del príncipe Kamil, sería imposible acallarlos. No podría probar que no era cierto y siempre habría gente que quisiera creerlo. Daba igual que esa gente quisiera matarlo o sentarlo en el trono; en cualquier caso, su vida se vería destrozada.
-Pienso pasar el resto de mi vida compensándola- estaba diciendo Najib.
Rosalind cerró los ojos y sonrió, deseando que fuera verdad. Gazi había inventado una historia tejida con medias verdades, tan mezclada con su auténtica vida que temía no poder distinguirla.
-¿Podemos hacer algunas fotos en el jardín?- preguntó alguien y, de la mano, Najib y Rosalind salieron a la terraza para cumplir cometido.
El asistente de Gazi había elegido para ella un vestido rosa de seda y un pañuelo a juego.
A su lado, la cesta del jardinero, como si el hombre hubiera dejado su tarea para tomar el té. Como si aquella fuera de verdad su casa. Entonces, como estaba planeado, Najib se inclinó para cortar una rosa y ofrecérsela. Y como estaba planeado, ella la recibió y levantó la cara para recibir un beso.
-Rosalind... -susurró él con voz ronca, haciéndole sentir un estremecimiento.
-¡Preciosa! ¡Estupendo! -gritaban los fotógrafos.

Rosalind tuvo que recordar que aquello una charada. Quizá Najib se sentía sexualmente atraído por ella, pero todo lo demás era mentira.
-¿Dónde está el niño? -preguntó un periodista-. ¿Podemos verlo ahora?
Como habían acordado, Rosalind fue buscar a Sam. Había insistido en que podrían fotografiarlo, pero nadie le haría preguntas. El niño no debía pensar que su padre había vuelto... de nadie sabía dónde.
Solo se haría las fotos de rigor, nada más. Ese era el acuerdo. Su parecido con Najib haría que la historia fuese creíble.
Pero cuando llevó a Sam de la mano hasta donde estaban los periodistas, Rosalind lo lamentó inmediatamente.
Najib tomó al niño en brazos y Sam, un poco asustado de tantas cámaras, escondió la cara en su hombro. Ningún ensayo podría haber quedado mejor y los fotógrafos no paraban de tomar instantáneas.
Como habían acordado, los periodistas se mantuvieron en respetuoso silencio. Por eso, todos pudieron oír cómo el niño le preguntaba a Najib en voz baja:
-¿Ahora eres mi padre?
Y la contestación de Najib:
-Sí.
-¿Por qué has dicho eso? -exclamó Rosalind.
-¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Querías que le dijera que no delante de los periodistas? Entonces todo esto no habría valido de nada.
Estaban solos en la habitación. Gazi se despedía de los periodistas, Sam estaba jugando con sus amiguitos y sir John se había retirado a su estudio. Rosalind podía oír las risas de los niños, pero lo último que deseaba era reírse.
-No me gusta engañar a Sam.
-Ya te dije que deberías inventar algo...
-Lo sé -murmuró ella, enfadada-. Debería, ¿pero qué va a pasar cuando le diga que tú no eres su padre?
Ese día, tampoco ella sería la más feliz de mortales. Si no hubiera dejado entrar a Najib en su casa aquel día...
-El dolor emocional puede superarse, Rosalind además, no hay solución perfecta en este caso. Un día podrás explicarle a Samir por qué hemos tenido que hacerlo y él lo entenderá.
-Pero le hemos mentido. Mentir a un niño es…
Najib la tomó por los hombros.
-Mentir a un niño es necesario si su vida peligro. ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía hacer nada delante de los fotógrafos. Pero estaba preocupada porque se daba cuenta de que Sam empezaba a caer influjo de Najib... igual que ella. Era tentador tener a alguien cerca, alguien que pudiera ayudarla, en quien poderapoyarse.
Pero solo era un escaparate. Una mentira.

Era un terrible error dejarse llevar por los sentimientos, pensaba Najib. Desde el primer día que la vio se sintió atraído por ella y, desde aquel extraño momento en el bosque, era incapaz de apartarse de su lado. La naturaleza parecía pedirle entonces que le hiciera el amor y seguía haciéndolo.
-No -protestó Rosalind, como si pudiera leer sus pensamientos.
-Rosalind...
Entonces se abrió la puerta y Gazi al Hanizeli entró con el móvil en la mano.
-Acaban de llamar de la revista Hello. Si les damos la exclusiva de la boda, nos darán la portada. No podríamos pedir nada mejor.
¡Regresa de la tumba!
¡La bienvenida a un héroe.. cinco años después!
¡Algún día mi príncipe volverá!
¡Sí, soy tu padre!

Los periódicos sensacionalistas habían hecho su agosto. Incluso los periódicos serios hablaban sobre la historia, aunque en tono más reservado.
-Estupendo -murmuró Rosalind, mirando un titular.
-Desde luego que sí. Sois dos profesionales -sonrió Gazi.
Estaban desayunando en la terraza. Hacía un día precioso y una suave brisa movía las ramas de los árboles. Sir John había ido a Londres para pasar la noche en su club y, por la mañana su chofer les llevó los periódicos. -¿Profesionales? -repitió Najib, irónico.
Gazi al Hamzeh se encogió de hombros. Tenía curiosa marca de nacimiento en un ojo lo hacía parecer un pirata. Rosalind esperaba que no lo fuera.
-Sam se parece mucho a ti. Nadie dudará del parentesco.
Era cierto. Las fotografías resaltaban el parecido físico del niño con Najib y era muy fácil creer que era su padre.
-Ha salido como esperábamos -suspiró él.
-No habría podido salir mejor –murmuró Gazi mirando los periódicos.
Rosalind escuchaba mientras leía algunos periódicos.
… nieto del depuesto sultán. Su madre, la princesa Hanna, escapó con lo puesto... Los miembros de la familia jawadi tuvieron que esconderse para salvar la vida... Najib, bajo un seudónimo, vino a Inglaterra.
Su propio apellido había sido ocultado a la prensa. Debería estarle agradecida a Najib, pero era difícil sentir gratitud por el hombre que había provocado aquel terrible cambio en su vida. Y cuya desaparición provocaría algo bien diferente: que se le rompiera el corazón. A ella y a Sam.
No, no estaba agradecida.
El había dicho que las heridas emocionales se curaban, pero Rosalind recordaba bien cuánto tiempo sufrió por lo que creía la traición de Jarnshid. Najib había borrado esa herida, pero... ¿habría hecho otra?

Suspirando, pasó la página y siguió leyendo:

... fue herido en el campo de batalla, pero no murió como todos creían. Lo llevaron a un poblado donde los campesinos curaron sus heridas, pero sufría amnesia. Un día, recuperó milagrosamente la memoria y buscó a su esposa... La pareja piensa volver a casarse para que ella lleve su verdadero apellido y así renovarán los votos que hicieron hace cinco años...

-¿Qué te parece? -le preguntó Gazi.

-¿Alguien va a creer todas estas tonterías?

Los dos hombres soltaron una carcajada.

-Quieren creerlas, Rosalind. Así tenemos ganada media batalla. Además, es una buena historia, ¿no? Lágrimas, alegría, amor, un villano, un final feliz...

El silencio cayó sobre ellos, roto solo por las risas de los niños en el jardín.

-Cinco años es mucho tiempo -dijo Gazi entonces.

-La gente olvida- añadió Najib-. Además, no hemos dicho que yo sea Jamshid Bahrami. Mi vida concuerda con la historia real. Ni siquiera mis amigos pueden estar seguros de que no sea verdad.

Rosalind miró otro periódico. Había una fotografía de los tres, con Sam en los brazos de Najib. Y le sorprendió el aspecto regio del hombre que tenía al lado. En realidad, parecía un sultán.

Era como un retrato real.

Con la repentina sensación de que una trampa estaba cerrándose a su alrededor, tragó saliva.

-¿Seguro que no quieres el trono para ti mismo? ¿No será esta una forma de presentarte como posible heredero de Ghasib?

Los hombres se miraron. Entonces Nala taza de café sobre el plato y la miró a los ojos.

-¿Es que no confías en nadie? Que no confíes en mí quizá es comprensible, pero ¿crees que sir John tomaría parte en un engaño de ese tipo?

Rosalind apretó los dientes. Era cierto. ¿Qué razón podría tener alguien tan eminente como sir John para traicionarla?

-No tengo interés en sacrificar mi vida por un trono -siguió Najib-. Créeme, quiero ver a Gasib fuera de mi país como sea, pero... ¿de verdad estás acusándome de manipularte para mi propio beneficio, de poner en peligro la vida de un niño? Creí que me conocías un poco mejor.

La miraba a los ojos, como si quisiera decirle que entre ellos había un lazo que no podían romper.

Y ella deseaba creerlo.

Gazi tomó uno de los periódicos y leyó en voz alta para romper el incómodo silencio:

Najib al Makhtoum no es uno de los herederos a1 trono de Bagestan. Se sospecha que Hafzuddin legó ese honor a uno de los hijos del principe Wafiq anttS de morir Pero hasta que aparezcan, nadie puede estar seguro de que siguen con vida.
Ella miró a Najib, insegura.
-Me gustaría creerte.
-Vamos a casarnos solo para proteger a tu hijo. Te lo juro. Tienes mi palabra de honor.
Rosalind se dio cuenta de que tampoco a él le gustaba la charada. Podía verlo en sus ojos.
Y, si iban a casarse, sería mejor llevarse bien. A pesar de que el matrimonio era una farsa.

CAPITULO 10

La costa de Barakat era la más hermosa que Rosalind había visto en toda su vida. Dedos de tierra arañaban las hermosas aguas del golfo, , creando docenas de pequeñas bahías. Desde el aire, en contraste con el dorado y de las tierras, el agua era de color turquesa tan clara que podía verse el fondo. la distancia, el orgulloso pico del monte Shir parecía un centinela guardando el país. En el idioma de Parvan, la palabra shir significaba «león» y «leche». Y, según la leyenda, la montaña era a la vez la madre y el padre de tierras. Rosalind entendía por qué. Tenía una cualidad protectora que la hacía sentir tontamente segura.
-¡Mama, mamá! -gritó Sam, mirando por la ventanilla del helicóptero.
Najib volaba bajo para tener que subir de vez en cuando porque al niño le gustaba esa sensación de estar en una montaña rusa.
-Esa es tu villa -dijo él, señalando una estructura alargada de piedra y arcilla, rodeada de vegetación.
Estaba construida al estilo árabe, por supuesto, alrededor de un gran patio con fuentes y tenía dos cúpulas pintadas de un tono rojo dorado. Había varios patios interiores todos con el suelo de cerámica. Y en todos había flores, algo que parecía imposible en un lugar inhóspito como aquel.
Aquello era un oasis.
Un camino llevaba directamente a la playa. En la pequeña bahía, la arena era casi rosada y había un bote de pesca amarrado a un muelle.
-Es maravilloso. Como un sueño.
Habían ido a Barakat para que Rosalind pudiese inspeccionar su herencia, pero también porque allí la prensa los dejaría en paz. Cuando hubieran descansado un poco, irían a visitar el palacio del príncipe Rafi, donde tendría lugar la boda.
-Muchas gracias por admirar mi país.
-¿Solo se puede llegar hasta aquí en helicóptero?
-Y por mar -contestó Najib-. Para los más duros, a caballo o en camello. Kamil... Jamshid tenía un yate que solía usar para ir a Daryashar.
Daryashar era el puerto principal de Barakat. Rosalind había aprendido eso como tantos otros datos en el poco tiempo que tuvo antes de empezar la que sería la aventura de su vida.

Notaba que los hombres de Najib la miraban de forma extraña. Conocían la verdadera historia... o lo que creían la verdadera historia y, lógicamente, pensaban que había engañado a Jamshid.
Pero, ¿qué podía hacer? Había hecho un juramento. No podía contar la verdad.
Además, le preocupaban sus motivos para haber aceptado aquel matrimonio. ¿Había otra razón, una razón oculta que la hizo capitular? -¿No estaría intentando conseguir el Najib?
-Marhaba, ah1an wa sah1an -oyó decir a Najib, que había tomado a Sam en brazos para bajar de1 helicóptero.
Varias personas habían salido de la casa para darles la bienvenida y Rosalind los saludó en su idioma.
-Shokan Jazilan.
-Alhamdolillah ala assalaamata.
Loa hombres tomaron el equipaje y las mujeres señalaron a Sam, riendo y comentando parecido con su «padre».
Najib dejó a Samir en el suelo y el niño se en tomar la mano de uno y de otro hacia la casa. Parecía feliz, más feliz que nunca.
Rosalind, muy elegante con un vestido mangas de color beige, decidió que no podía salir de la casa sin un sombrero. El tremendo calor hacía que incluso caminar resultase difícil.
Sam era el único que mostraba cierta energía bajo aquel sol de plomo. Iba prácticamente corriendo, con la alegría de un niño que lo tiene todo: un padre, una madre...
Le habían explicado que Najib sería su padre durante un tiempo. Fue lo único que se le ocurrió. Le preguntó al niño si eso le parecía bien y Sam dijo que sí.
Pero, ¿entendía el concepto? Quizá solo había entendido las palabras «Najib» y «padre».
Rosalind dejó escapar un suspiro.
-¿Qué ocurre? -preguntó él cuando el niño salió corriendo hacia el fresco patio interior.
-¿Qué pasará cuando tú ya no estés? Quizá sería mejor que no te acercaras demasiado a Sam.
Najib negó con la cabeza.
-No estaré a su lado cuando crezca, de modo que más razón para quererlo ahora.
-Pero...
-Si supieras que ibas a tener que pasar mucho tiempo en el desierto, ¿rechazarías un trago de agua o beberías toda la que pudieses para poder soportar el tiempo de sequía?
También ella tendría que dejar de verlo, ¿Debería intentar reunir todos los recuerdos posibles?
Y, sobre todo, ¿tendría la oportunidad de hacerlo?

El interior de la casa era muy fresco; los gruesos muros la protegían del calor y las fuentes y los jardines eran un sistema natural de aire acondicionado.
Comieron en uno de los patios, donde los criados habían puesto la mesa en una especie de claustro protegido del sol.
El almuerzo consistió en varias ensaladas y e limón, una tradición árabe para saciar la sed de los caminantes. Como postre, pastelitos de miel.
Los arcos de piedra que unían las columnas las flores, el agua de la fuente y la imponente presencia masculina de Najib la dejaron sin palabras.
Sam también estaba en silencio, tomando el sorbete con gran concentración.
-No suele ser tan aventurero con la comida -Rosalind-. Debe de ser por el calor o la emoción del viaje.
Najib levantó una ceja.
-¿Tu amante también era árabe?
-¿Mi…?-empezó a decir ella, poniéndose colorada.
Si él supiera…
Afortunadamente, no tuvo que contestar porque en ese momento apareció una mujer para llevarse a Sam a la habitación.
-Ve con Tahira -sonrió Najib-. Ella te llevará a tu habitación para dormir la siesta.
Sam bajó obedientemente de la silla y Rosalind se sorprendió. Su hijo no era precisamente obediente.
-Está más cansado de lo que parece. Todo esto es nuevo para él.
-Tahira es una niñera excelente, Por cierto. Estudió en el hospital Reina Halimah.
Rosalind también empezaba a sentir el cansancio y tuvo que disimular un bostezo.
-Creo que yo también voy a echarme rato.
-Te mostraré tu habitación -dijo Najib.
Lo siguió hasta otro patio en el que había una especie de estanque circular. Dos escalones llevaban a una sala en la que había una cama baja y varios sofás alrededor de una mesa de cerámica. De las paredes colgaban tapices de seda y había nichos con objetos decorativos de bronce o cristal. En una de las paredes, un paño bordado en oro con unas palabras en árabe referentes al sultán Hafzuddin.
Había varias cómodas y armarios de madera con intricado diseño que olían a alcanfor y espliego. Las persianas eran de madera, de color verde.
Una habitación romántica y sensual, desde el perfume de las flores que llegaba del patio hasta los tapices, desde el perfecto silencio a la cama llena de almohadones de seda.
Estaban uno al lado del otro, sin decir nada. Sería tan fácil...
-¿Dónde está mi equipaje? -murmuró Rosalind.
Naiib esbozó una sonrisa.
-Seguro que han guardado tus cosas en los armarios -dijo abriendo una de las puertas.
–Ah, no, estas son mías.

-¿Vamos a compartir habitación? –preguntó ella con un nudo en la garganta.
-Tenemos que hacerlo. Si hay rumores por parte de los criados, todo esto no serviría de nada. Todo el mundo debe creer que estamos casados y que Samir es nuestro hijo.
-Si- dijo Rosalind. Le había salido la voz muy ronca y tuvo que carraspear.

Quizá por eso, él siguió hablando:
-La historia de nuestro reencuentro también ha aparecido en los periódicos de Barakat, y por supuesto los criados la han leído.
-Claro.
-No te preocupes, yo dormiré en uno de los sofás.
-Muy bien.
De modo que aquella era la respuesta. No iba a tener oportunidad de beber antes de adentrarse en el desierto.
-Siento que sea así.
-No tienes que disculparte -dijo Rosalind
Pero no lo entendía. Sabía que Najib se sentía atraído por ella... Entonces, ¿para qué fingir un matrimonio cuando podrían hacerlo realidad?
Rosalind se despertó de la siesta estirándose perezosamente. Después de vestirse, una criada la llevó por el jardín hasta el camino de la playa.
El paisaje era aún más hermoso bajo el último sol de la tarde. Las piedras se llenaban de vida, duras, extrañas, no suavizadas por el musgo como en Inglaterra, sino fieras y primitivas.
Tenía un gran atractivo, pero se preguntó si sería fácil acostumbrarse a aquel paisaje tan agreste, con el que había que luchar incluso para encontrar agua. En Inglaterra la naturaleza era generosa y era lógico que los antiguos ritos celtas celebrasen la fertilidad y la sexualidad.
¿Los antiguos árabes también considerarían la tierra como a una mujer? Quizá por eso las trataban de forma bien distinta a los habitantes de los verdes valles.
Los Quran y los Hadith dejaron claro que el profeta Mohamed había llevado su mensaje a una cultura profundamente contraria a las mujeres. Parte de ese mensaje intentaba convencerlos de que la mujer no era un ser pérfido y debía ser honrada y respetada como un hombre. Pero el mensaje no era respetado en aquella tierra aparentemente olvidada de la mano de Dios...
Rosalind siguió caminando por la arena, disfrutando de aquel extraño paisaje.
Najib y Sam estaban sentados sobre una piedra, mirando el mar. El hombre tenía una mano por encima de su hombro y Sam se apoen él confiadamente.
-Hola.
-Hola. ¿Has dormido bien?
-Como una niña -sonrió ella-. Qué atardecer tan hermoso.
-¡Dios se está llevando el sol, mamá!-dijo emocionado.
-¿Ah, sí?

-Sí.
-¿Y dónde lo lleva?
-A que lo vean otros niños.
Rosalind sonrió.
-Ya veo
-Todos los niños necesitan el sol, así que Dios lo lleva por todo el mundo -explicó Sam, alargando los brazos como si quisiera tocarlo-. Pero mañana lo traerá de vuelta.
El tema de discusión estaba escondiéndose en el mar poco a poco. Era una bola dorada, inmensa.
-No vemos muchos atardeceres como este Kensington. Es imposible ver una bola de fuego cayendo en línea recta tras el horizonte.
-El atardecer inglés es muy diferente -dijo Najib.
Sam apoyó la cabeza en su brazo con un suspiro. Sin palabras, sintiendo la presencia bien a su alrededor, su corazón de niño envió una plegaria. Y como era llevada en las alas de la inocencia, fue enviada directamente al trono de Dios...
«Que sea mi padre para siempre», susurró el pequeño corazón.
Los últimos rayos del sol parecían abrazar al trío y Sam, con la percepción de niño que ellos ya habían perdido, escuchó el «sí» en su corazón y se sintió satisfecho.

CAPITULO 11

Najib se alegraba de que aquello no fuese a durar demasiado. Los criados los trataban fueran una pareja en luna de miel, emocionados con la historia del amor reencontrado. Observaba a Rosalind recortada contra el marco del jardín, iluminada por una lámpara de aceite, el cielo oscuro sobre su cabeza.
Comía los manjares de su país con placer. Con demasiado placer sensual para su tranquilidad, sabiendo que volverían juntos al dormitorio y tendría que luchar para no para no besarla...
No se parecía nada a Maysa y se preguntó si le dicho a Jarnshid, como Maysa le había dicho a él, que era virgen. ¿También Rosalind habría llorado rogándole a su marido casara con ella para evitarle la vergüenza de un embarazo?
En occidente, una mujer podía tener un hijo de soltera sin que fuese un escándalo. Al contrario que en su país.
Pero quizá ese ruego también habría funcionado con Jamshid.
O quizá su primo estaba tan enamorado que no se dio cuenta de que ella no correspondía a ese amor. Quizá Jamshid había llegado a la conclusión de que el embarazo era responsabilidad suya, quizá él mismo había insistido en casarse a toda prisa.
Jamshid siempre había sido muy impulsivo.
Después del encuentro en Cornualles entre Ashraf y Rosalind, donde ella le había jurado que Sam no era hijo de Jarnshid, Ashraf y él hablaron durante horas, intentando entender aquella historia.
Sin saber quién era el padre de su hijo, ¿habría tomado Rosalind el camino más fácil, casándose con Jamshid? Sin embargo, el niño se parecía mucho a su abuelo...
¿Habría, como Maysa, aparentado que estaba embarazada antes de que se fuera a la guerra solo para casarse con él?
O quizá no mentía. Quizá se casó con él de buena fe, enamorada. Quizá perdió el niño antes de que su marido muriese y buscó otro amante inmediatamente para quedar embarazada. Si Jamshid hubiera vuelto de la guerra, ¿le habría dicho que el niño era de otro hombre o habría fingido que era suyo?
Eso explicaría su rechazo a las pruebas de ADN.

¿Quién había pagado aquel carísimo apartamento en Kensington? Eso también necesitaba explicación. Los investigadores no habían descubierto otro hombre en su vida y tampoco los medios económicos necesarios para comprar un piso en la zona más cara de Londres.

De modo que su rival era un hombre rico...

Najib frunció el ceño. Él no tenía rival. Un hombre debía estar loco para querer una relación una mujer que ya había probado no ser merecedora de confianza.

Y, sin embargo, nada explicaba por qué negaba que Sam fuera hijo de Jamshid. ¿Se hado cuenta con los años de lo terrible esa mentira? ¿Sería posible que hubiera conocido la verdadera identidad de antes de que él fuera a visitarla?

Si era así, solo podía haber una fuente de información.

¿Sería Rosalind un peón de Ghasib? Quizá el dictador había descubierto la identidad inglesa de Jamshid y la convenció para que mintiera a cualquier otro que se interesase.

Entonces no sería culpable de traicionar a su marido... sino de algo mucho más peligroso.

Eso también explicaría el dinero necesario comprar un apartamento en Kensington. Quizá se había puesto en contacto con Gashib después de su primera visita... Quizá Sam como el sucesor de Ghasib en Bagestan, quizá pensaba que era la única forma de salvar la vida de su hijo.

Tenía que protegerla a ella y a Samir, debía tener mucho cuidado.

Najib cerró los ojos, recordando la noche que recibió la noticia de que los Ka1juk empezaban a retirarse. Recordaba vagamente al príncipe Omar diciéndole que podía descansar veinticuatro horas. Llegó a Barakat con algunos de sus hombres sin avisar, exhausto, enfermo, su ropa cubierta de sangre seca. Entró en casa sin hacer ruido para no despertar a Maysa en su condición...

Nunca había estado embarazada, le confesó ella entonces. Sabiendo que se iba a la guerra, se había arriesgado a decirle que esperaba un hijo suyo para casarse con él. Si moría en la guerra, sería su viuda y si no, viviría como una princesa hasta que terminase. Y cuando él volviera a casa... se preocuparía de eso cuando llegase el momento.

Najib era muy joven entonces. Pero ya no lo era. Y no quería mantener otra relación con una mentirosa. Rosalind mentía... no sabía cómo, pero mentía.

Pero ella no era Maysa. Parecían tan diferentes como el día y la noche. En sus ojos no había sombras, no había traiciones. No había evidencia de culpa en su rostro.

«Porque te ciega su belleza», le dijo una voz. Rosalind tenía un gran magnetismo femenino, una piel radiante, una sonrisa embriagadora...

Y el niño también. A pesar de sus dudas, algo le decía que aquel niño y él estaban emparentados.

¿Por qué mentía Rosalind y cuál era la mentira?

Najib sentía una sed insaciable por Rosalind, una sed que parecía haber estado en su corazón desde siempre. Pero, por muy sediento que estuviera, no podía tomar aquel elixir de la vida.
El hambre y la sed son dos sensaciones que pueden superarse. Eso es algo que se aprende en el campo de batalla.
Rosalind vio la preocupación en sus ojos y dejo escapar un suspiro. Fuera cual fuera la razón la que él intentaba ignorar la atracción que había entre ellos, debía agradecerla. Estaba segura de que Najib no deseaba una relación permanente con ninguna mujer.
Pero mientras comía los manjares preparados por los sirvientes, deseaba que aquel falso matrimonio fuera real. Que Najib hubiera vuelto a ella después de cinco años e ir al dormitorio para convertirse en amantes en aquella noche mágica.
-Mira cuantas estrellas- dijo, sin pensar.
-Sí- asintió él, con los dientes apretados-. ¿Kamil…Jamshid te regaló el apartamento?
Rosalind apartó la mirada.
-No.
-Entonces, ¿heredaste el dinero?
Najib sabía que el apartamento fue comprado por ella cuatro años antes y que había sido pagado en su totalidad.
Rosalind dejó el tenedor sobre el plato. No había pensado en eso y no sería capaz de explicar cómo pudo comprar un apartamento tan caro.
-En realidad... no es mío.
¿Qué significaba eso? La única explicación era que estaba a su nombre como un pago, una gratificación. Podía ser obra de Ghasib. Si lo traicionaba, se vería en la calle con su hijo.
Eso significaba que Ghasib seguía sus pasos y que Rosalind estaba dispuesta a traicionar a cualquiera. El corazón de Najib se llenó de dolor.
-¿Vamos a dar un paseo?
Ella se levantó sin decir nada y caminaron por el jardín ante la atenta mirada de los criados.
-Rosas -murmuró Rosalind-. ¿Cómo podéis tener rosas en un clima tan seco?
-Aquí también hay primavera.
Najib no podía oler el aroma de las rosas, solo el de su pelo. Un olor a limpio, a melocotón, a algo muy sensual.
Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad cuando la luna salió por detrás de una nube.
Recordó entonces el día que llegó a su apartamento. Había sentido un absurdo de tomarla en sus brazos y llevarla a la cama…ojalá lo hubiera hecho. Ojalá se hubiera convertido en su amante antes de sospechar que era una traidora.
-¿No te sientes culpable por buscar un amante mientras tu marido estaba en la guerra?- le preguntó bruscamente.
Rolalind se detuvo, intentando controlar el temblor de su voz.

-¿Por qué precuentas eso?
-Porque no te entiendo. Solo sé una cosa… que no has dicho la verdad y te amaré, Rosalind. Te haré el amor y…
Ella se llevó una mano a la garganta.
-¿Qué?
Najib acarició sus brazos. Estaba herido, ella le había atravesado el corazón.
-Tú eres una mujer que disfruta del sexo. ¿Crees que un hombre no intuye esas cosas?
Rosalind cerró los ojos.
-Qué dices...
-Yo también soy así. Y sé que tú y yo podríamos hacerlo memorable. Día y noche, borrachos de placer. No lo lamentarás. Tu cuerpo será como un poema...
Ella dio un paso atrás.
-¿Qué estás diciendo?
-Que mi boca desea besarte, que me queman las manos porque tengo ganas de tocarte.¿No lo sientes? sé que sí. Lo veo en tus ojos. Quieres que te acaricie. Dime que sí. Dímelo.
-Najib...
La brisa movía su pelo. Su cuerpo temblaba de anhelo, de deseo, de miedo.
Najib había conocido a la mujer de sus sueños y era una traidora. ¿Cómo podía ser? ¿Por qué no le daba una explicación que liberase su alma? ¿Cómo podía amar a una mujer que era un peligro para él, para su familia para su pueblo?
La tomó por los hombros y con la agitación de un hombre hambriento, se inclinó para besar su garganta. Ella dejó escapar un gemido.
Podía obligarla a confesar. Hacer el amor haría perder la cabeza a una mujer como ella, lo sabía. Gemía con un mero roce. Podría derretirla por completo, sería toda suya y le diría todo lo que le pidiera... le susurraba un demonio privado.
-Rosalind... -murmuró, pasando la mano por su espalda, por sus muslos, con una presión salvaje que hablaba de hambre, de deseo insatisfecho.
De repente, la boca del hombre buscó la suya, devorándola. Rosalind gimió, apretándose contra su pecho.
Mientras la abrazaba, Najib se dio cuenta de que acostarse con ella sería un arma de doble filo.
«¿Y si no es ella quien confiesa sino tú?», gritaba la voz de la razón. «Cuando te haya derrotado con los placeres de su cuerpo... ¿podrás esconderle todo lo que ella quiera saber?>>
Pero ese pensamiento se ahogó bajo una ola de irrefrenable deseo.

CAPITULO 12

La luz de la luna entraba a través de la persiana de madera, creando sombras en el edredón, en el suelo, en la pared... sombras que se mezclaban con la de Rosalind.
Pero Najib no quería que fuese una sombra, quería algo real. Cuando alargó una mano para acariciarla, ella se estremeció.
Entonces, apasionado, se quitó la camisa de un tirón para sentir la piel de Rosalind contra su piel.
El suave aroma del sudor masculino la erotizó. La piel del hombre era de color bronce, el torso cubierto por un suave vello oscuro.
Najib se había quitado las sandalias y se acercaba a ella en silencio, como un león a punto de lanzarse sobre su presa.
Rosalind se abrazó a él, apoyando la cara en su torso. El suave olor de su cuerpo se mezclaba con la colonia masculina, con el olor a sol, a arena... todo contribuyendo a aquel aroma que era solo Najib al Makhtoum.
Era todo lo que ella necesitaba. Tan fuerte, tan masculino, tan real. Todo lo que faltaba en su vida desde cinco años atrás.
Najib desabrochó la cremallera del vestido y acarició su espalda escondiendo la cara en su pelo. Enfebrecido, empezó a besarla en la frente, en las mejillas, en la garganta, apartando el escote del vestido para buscar su cuello.
Rosalind besaba el torso masculino, sintiendo el suave vello acariciando su cara, encendiéndola. Pasó las manos por la ancha espalda, sintiendo la firme musculatura bajo los dedos.
El se apartó un poco para buscar su boca con desesperación y con desesperación la besó, apretándola contra su cuerpo como si quisiera enterrarla en él.
No tenía prisa. Estaba hambriento, pero quería disfrutar de cada segundo. Seguía acariciando su espalda, deslizando las manos por sus costados, buscando sus pechos, haciendo que Rosalind temblase entre sus brazos.
Entonces tiró de su vestido. Por un momento ella quedó atrapada por la tela y Najib la sujetó así para admirarla a placer. La miraba con tal ardor que Rosalind se derretía. Y cuando inclinó la cabeza para besar sus pechos, tuvo que cerrar los ojos.
Entonces, suspirando roncamente, la tomó en brazos para llevarla a la cama.
La despertó el canto de los pájaros. Se sentía lánguida, perezosa, como si tuviera miel en vez de sangre en las venas.

Rosalind sonrió, estirándose. La luz del sol entraba a través de las persianas y el olor del desierto le recordó la belleza del día anterior.
Estaba sola y enterró la cara en la almohada para oler el cuerpo de Najib, recordando el placer que le había dado por la noche.
Después de ducharse, se puso un vestido de algodón y salió al patio. Todavía era temprano y la pureza del aire era deliciosa.
Najib y Samir estaban desayunando. El niño hablaba y Najib asentía, sonriendo. Los dos llevaban una típica chilaba blanca y no se dieron cuenta de su presencia hasta que la oyeron toser. Sam la llamó entonces y Rosalind se acercó para darle un beso.
Hubiera querido hacer lo mismo con Najib, pero la mirada seria del hombre la detuvo.
-Llevo un vestido, mamá -dijo el niño, señalando la chilaba-. Papá también lleva uno. Los hombres llevan vestido en el desierto.
-Estás muy guapo -sonrió ella, sirviéndose una taza de café-. ¿De dónde la has sacado?
-Me la ha dado Tahira.
-Es lo más cómodo para este tiempo -dijo Najib.
Durante el desayuno, el único que hablaba era Sam. Parecía feliz de estar allí, con su padre y su madre. No dejaba de mirar a Najib y ella rezaba para que su hijo no sufriera do desapareciese de su vida.
Después de desayunar, Rosalind fue a por un bañador para nadar un rato. Estaban absolutamente solos en la playa y Sam decidió bañarse desnudo. Riendo, corrió hacia el y se volvió hacia ella, con expresión de sorpresa.
-¡Está caliente, mamá!
-Yo pensaba que no le gustaba el mar. Ahora me doy cuenta de que solo era una cuestión de temperatura.
-El agua del Atlántico es muy fría -sonrió
Poco después, estaba nadando con Sam a la espalda. El niño reía, encantado, sujetándose cuello. No parecía tener ningún miedo. Rosalind nadaba a su lado, preguntándose iba a hacer con la herencia. Estaba claro a Sam le encantaba aquel sitio, pero, ¿le gustaría cuando Najib no estuviese allí? Gran de su felicidad era debida a la presencia hombre.
Y ella sentía lo mismo.
-¿Qué pasaría si quisiera vender esta casa? preguntó más tarde.
Estaban en un pequeño estudio, donde se sorprendió al ver un ordenador y un moderno fax. Podría trabajar allí si ese era su gusto. Seguiría en la agencia y enviaría las traducciones por Internet.
-¿No quieres esta casa? -preguntó él, sorprendido.
-Yo creo que una casa en Francia sería bastante más práctico. Es muy caro venir aquí de vacaciones y…
-Sam y tú podéis viajar gratis en las líneas aéreas de Barakat -la interrumpió Najib.

-¿Gratis? ¿Por qué?
-Estamos a punto de casarnos, Rosalind. La familia de un consejero del príncipe viaja gratis.
-Ah, claro. Pero el nuestro no es un matrimonio real.
No sabía por qué lo había dicho. Quizá para ver cómo reaccionaba.
-¿Qué más tengo que hacer para que sea real? -replicó él, irritado-. Anoche éramos marido y mujer, ¿no?
Cuando se miraron a los ojos, renació la pasión que los había envuelto la noche anterior.
Y entonces, sin decir nada, cayeron uno en brazos del otro.
Najib hubiera querido resistirse. Hubiera querido decirle lo absurdo que era seguir con aquel juego. Pero no podía hacerlo. No podía mirar aquellos labios hinchados por los besos de la noche anterior y no tomarla en sus brazos.
De modo que se entregó a la locura que lo consumía. Se había despertado aquella mañana pegado a su cuerpo desnudo, sintiendo deseo de despertarla y hacer el amor otra vez.
Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartarse. ¿De qué serviría hacer el amor? De una forma o de otra, era una traidora. Seguramente ya lo había traicionado. Pero su deseo por ella era casi una locura.
Se habían perdido reinos a causa de una mujer. Y si la mujer era como Rosalind, pensaba Najib, podía entenderlo.
Iba desnudo bajo la chilaba y sabía que ella iba desnuda bajo el vestido porque se había quitado el bañador en la playa. Era demasiado fácil, imposible de resistir.
Con un gemido, levantó su vestido y la volvió de espaldas. Ella se apoyó sobre la silla y, al ver la piel desnuda, Najib se quitó la chilaba de un tirón y se enterró en ella salvajemente.
Rosalind gritó de placer, un sonido que casi lo hizo perder el control. Trémulo, sujetó sus caderas, apretando los dientes para contenerse.
Entonces movió una mano para acariciarla entre las piernas, buscando el sensible capullo que había acariciado tantas veces por la noche.
Rosalind gemía, sintiendo los dedos del hombre entre las piernas y sus potentes sacudidas por detrás. La envolvía un calor tan tórrido como el sol del desierto y parecía flotar, disfrutando de olas de placer con cada una de sus embestidas.
Estaba hambrienta, desesperada... y cuando Najib terminó con un grito ronco, se dejó llevar, sintiendo un río de lava ardiente entre las piernas.

CAPITULO 13

Después de eso, Najib se rindió. Era imposible hacer otra cosa. Entre la tentadora comida, el calor, las fuentes, el mar, la confianza las sonrisas de Rosalind y su delicioso cuerpo, era un hombre perdido y lo sabía.
Enseñó a Samir a no temer al agua y observó su transformación en delfín con gran satisfacción. Solían bucear y tanto el niño como Rosalind admiraban los infinitos colores del fondo del mar, los peces de mil formas y el silencio musical de aquel paisaje.
También había peces en el estanque del patio central y el niño pasaba horas mirándolos mientras su madre leía un libro a la sombra.
Los periódicos llegaban por helicóptero cada día, pero Rosalind estaba de vacaciones. No quería saber nada de política y tampoco leer los cotilleos que inventaban los periodistas sobre su vida.
Por las noches, cuando Sam estaba en la cama, Najib la llevaba a la playa y paseaban durante horas. A diez minutos de la casa había una cueva sobre el mar y, delante de la cueva, una especie de plataforma donde solían sentarse para mirar las estrellas. Una vez, hicieron el amor allí, sobre las olas que rompían en la playa, mientras el sol se escondía en el horizonte.
Rosalind era muy feliz. Tan feliz como cuando de niña, sus padres la llevaban de vacaciones al Mediterráneo y no tenía una sola preocupación en el mundo.
La lógica le advertía que aquello no iba a durar pero, ¿para qué preocuparse por el futuro teniendo un presente tan mágico?
Najib nunca dijo que la quería, pero estaba en sus ojos, en su cuerpo mientras hacían el amor. Estaba en su cariño por Sam.
Aunque a veces parecía torturado por su relación con ella, como si quisiera apartarse y no pudiera hacerlo. Pero, ¿qué era eso más que una promesa de que el amor triunfaría al final?
-¡Mira, mamá!
Estaban jugando en la playa y Rosalind dejó el libro para mirar a su hijo.
-¿Qué ocurre?
-¡Un barco! -gritó Sam entonces.
Una motora se acercaba a la playa. Los dos hombres que iban en ella la saludaron con el brazo y Rosalind les devolvió el saludo. Pero cuando se puso la mano sobre los ojos para ver mejor, se dio cuenta de que no estaban saludándola sino... apuntando con algo que brillaba.

Entonces sonó un disparo. Rosalind gritó y, a la vez, tiró a Sam sobre la arena para protegerlo con su propio cuerpo.
Un segundo después, levantó la cabeza y los hombres de la motora miraban hacia la izquierda.
-Tenemos que salir corriendo, cariño. Tenemos que huir de esos hombres malos. Agárrate a mí, ¿de acuerdo?
Sam asintió con la cabeza, asustado, y Rosalind se levantó de un salto, lo apretó contra su corazón y salió corriendo a toda velocidad.
Pero era demasiado tarde. Horrorizada, vio s dos hombres armados corrían hacia ellos por la playa. Uno de los hombres gritó en parvaní: «¡Tírese al suelo!».
Ella se inclinó todo lo que pudo, pero no dejo de correr. Entonces vio a Najib salir de la casa.
-¡Tírate al suelo! -le gritaba.
Rosalind obedeció, muerta de miedo. Estaba jadeando, con el corazón tan acelerado que parecía a punto de estallar. Sam lloraba, muerto de miedo.
-No pasa... nada, cariño. Najib...
El llegó a su lado entonces y Rosalind vio que llevaba una pistola en la mano.
-Tranquilo, Samir. No va a pasarte nada.
-Había dos hombres... en la playa.
Cuando volvió la cabeza, Rosalind vio un barco de color verde oscuro con varios hombres armados. Tres de ellos apuntaban a los ocupantes de la motora, que habían levantado las manos en señal de rendición.
Uno de los hombres que había visto en la playa hablaba por radio; el otro estaba a varios metros de ellos.
-Vamos a casa -dijo Najib, tomando a Sam en brazos.
-¿Quiénes eran los hombres malos, papá? -preguntó el niño.
Najib lo sujetaba con una mano y pasó la otra por los hombros de Rosalind mientras caminaban hacia la casa.
-No lo sabemos, Sam. Habrá que preguntarles.
-¿Los otros hombres también eran malos?
-No, los otros son soldados. Han venido para protegerte.
Cuando iban a entrar en la casa, Rosalind sintió que le dolían los pies, pero no prestó atención. En ese momento, Rima, una de las criadas, lanzó un gritó:
-¡La señora está herida!
Ella miró hacia abajo y vio que había dejado un rastro de sangre sobre el suelo de cerámica. Debía haberse cortado con las piedras.
-¡Tienes sangre, mamá!
-No es nada.
A pesar de la insistencia de Rosalind, Rima la llevó dentro de la casa.

Por fin, con los pies vendados, oyó que el helicóptero llegaba y volvía a marcharse. Pero después de darle la cena a Sam y revivir el susto de la tarde una y otra vez pudo meterlo cama.
Najib no estaba en el patio. Lo encontró en el estudio, hablando por teléfono.
-¿Los han interrogado?
-Sí. Dicen que son periodistas, paparazzi. Tienen cámaras y papeles que lo prueban. Sólo querían robar unas fotografías antes de la boda.
Rosalind sacudió la cabeza.
-Pero si dispararon...
-¿Cuantos disparos oíste?
-Sólo uno.
-Entonces, fueron mis hombres.
Ella dejó escapar un suspiro.
-¿De verdad crees que son periodistas?
-La verdad es que no opusieron resistencia y sus papeles están en regla. Han desmontado la motora y no han encontrado nada, ni equipos de vigilancia ni armas de ningún tipo. La habían alquilado en Daryashar a un comerciante que no tiene conexión política alguna.
-Entonces, ¿fueron tus hombres?
-Parece que sí.
-¿Son guardaespaldas?

-No son agentes secretos del servicio de Barakat.
-No sabía que en la casa hubiera agente, del servicio secreto.
-Por eso hemos venido aquí -dijo él.
-Pensé que estábamos a salvo, que nadie sabía nuestro paradero...
Najib sacudió la cabeza.
-¿Dónde estudiaste, Rosalind?
-¿Cómo? ¿Te refieres a dónde saqué el título de traductora? -preguntó ella, sorprendida por el repentino cambio de tema.
-Mis hombres dicen que reaccionaste con el instinto de un agente bien entrenado. ¿Dónde has aprendido a hacer eso?
-¿Un agente entrenado? -repitió Rosalind, incrédula-. ¿Qué quieres decir?
-Protegiste a Sam como lo haría un guardaespaldas.
-Protegí a mi hijo porque soy su madre -replicó ella, furiosa-. ¿Qué crees que haría cualquier madre al oír disparos?
Estaba más que enfadada. Najib sospechaba de ella. A pesar de todo, dudaba de sus motivos.
Él no dijo una palabra y su silencio la enfureció aún más.
-¿Resulta que soy una terrorista entrenada por Ghasib solo porque protegí a mi hijo? ¡Por favor, no digas tonterías!

Después de eso, se dio la vuelta y salió del dando un portazo.
Suspirando, Najib sacó del cajón una de las fotografías que habían tomado los paparazzi. En ella, Rosalind hacía un gesto con la mano hacia la motora.
Estaba esperando a alguien. ¿A quién?
El episodio introdujo la serpiente en el paraíso. Rosalind no podía olvidar que Najib dudaba de ella.
Quizá era en cierto modo lógico porque no contarle la verdad, pero se sentía decepcionada. Najib no la creía y eso significaba que no confiaba en ella.
Le había hecho el amor apasionadamente y esperaba que fuese algo más que atracción física. Pero si el comentario de un agente secreto podía hacerlo dudar, ¿qué decía eso de sus sentimientos por ella?
En cuanto a sus propios sentimientos por Najib, Rosalind ya no dudaba. Estaba profundamente enamorada de él.
No se habría entregado de tal forma si no fuera así. Y le resultaba increíble que Najib pudiera hacerle el amor y desconfiar de ella a la vez.
Aquella noche cenaron juntos, como siempre. Pero Rosalind no tenía ganas de hablar. Cuando Najib la miró parecía querer penetrar en su alma par ver lo que había dentro. Pero ella ya le había entregado su alma. Najib lo sabía. Y debía saber también que, además de un secreto que no quería compartir, todo lo demás se lo había dado.
La idea de que él no supiera eso era deprimente. Estaba construyendo castillos en el aire. Sus sueños no tenían fundamento.
Eso la atormentaba, pero también él estaba atormentado. Normalmente, después de cenar iban a dar un paseo por la playa o por el jardín, pero aquella noche Rosalind se fue al dormitorio sola.
Lo que ocurrió en la playa le había hecho ver que estaba cometiendo un error. Desde el día que Najib al Makhtoum llamó a su puerta, parecía estar divorciada del mundo real.
Pero aquellos hombres armados eran reales. Demasiado reales. Y eso le hizo darse cuenta de algo que, hasta entonces, solo era una posibilidad remota: la vida de Sam estaba en peligro.
Najib había dicho que el peligro pasaría en unas semanas y eso la hizo creer que no era real.
Sin embargo, lo era. La vida de su hijo corría peligro.
Rosalind esperó despierta para hablar con él, pero Najib no fue a la habitación. Intentó concentrarse en el libro, pero no era capaz de hacerlo. Era una historia oscura, de suspense, que solo le recordaba los problemas por los ella misma estaba atravesando.
Como no podía dormir, decidió levantarse cama e ir al estudio para buscar otro libro más interesante.

La casa estaba a oscuras, pero si encendía luz algún criado se despertaría para preguntar si necesitaba algo y no quería molestar a nadie. De modo que atravesó el patio iluminado por las estrellas y entró en el pasillo, apoyándose en las paredes para no tropezar con nada.
Nunca se había sentido nerviosa dentro de la casa pero entonces se preguntó si también la agentes del servicio secreto en los pasillos. La sensación de ser vigilada era muy desagradable.
Cuando llegó al estudio, vio que la luz estaba apagada. Y entonces se dio cuenta de que había esperado que Najib estuviese allí.
De modo que había decidido dormir en otra habitación... Rosalind sacudió la cabeza. El paraíso no dura eternamente. La historia de Adam y Eva era una metáfora para demostrar que los seres humanos son incapaces de mantener algo perfecto durante mucho tiempo.
Entonces empujó la puerta del estudio, intentando no hacer ruido. No quería que uno agentes secretos la confundiese con un ladrón y le diera un golpe de kárate o algo así.
Pero no pudo abrir la puerta, de modo que estaba cerrada por dentro. Su corazón dio un vuelco. Najib debía estar allí entonces. Fue a la ventana, pero también estaba cerrada.
Dejando escapar un suspiro de irritación, Rosalind se dio la vuelta... y chocó con los brazos de un hombre.
-¿Qué haces aquí? -le preguntó Najib con, voz ronca-. ¿Qué es lo que quieres?

CAPITULO 14

Era a él a quien iba a buscar. A pesar de la desilusión, no quería que durmiese en otra habitación. Lo necesitaba.
-Iba a... buscar un libro.
-Un libro -repitió Najib.
Llevaba el torso desnudo y Rosalind levantó las manos para acariciar su piel morena.
-¿Por qué no has venido a la cama? la apartó entonces.
-Eso no va a funcionar esta noche. Dime por qué querías entrar en el estudio. ¿A quién ibas a llamar?
Hablaba con voz ronca, forzada. Parecía un moribundo. La había observado, sabiendo que aquella noche intentaría algo. Lo sabía, esperaba equivocarse. -¿Llamar? -repitió ella.
¿Por qué la apartaba? ¿Por qué no la abrazaba para consolarla después de lo que había pasado?
-Dímelo.
-Abrázame, Najib. Por favor, abrázame.
-Rosalind...
-Hazme el amor -susurró ella.
-¿Y qué pasará mañana?
-Da igual mañana. Ámame esta noche.
Najib entendió que estaba perdido. Irremisiblemente. Entonces la tomó en sus brazos y se volvió para dirigirse al dormitorio.
Por última vez. Una noche de amor que recordaría para siempre. Deseando que Rosalind hubiera sido el amor de su vida.
Najib la dejó en el suelo y le quitó la camiseta de un tirón.
Rosalind lanzó un gemido al verse desnuda y otro cuando vio el apasionado tormento en el rostro del hombre.
-¡Najib!
-Sí -murmuró él, apretando los dientes-. Sí, esta noche gritarás mi nombre. Y yo recordaré tu sabor, Rosalind. Recordaré cómo has pronunciado mi nombre en la cama.
Le temblaban las manos y se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo para no perder el control. Entonces la besó con ansia, apretándola contra su pecho como si quisiera aplastarla.

La sangre de Rosalind se convirtió en lava ardiente al sentir la lengua del hombre hundiéndose en su boca. Él la movía como sabía que le gustaba, presionando sus pechos, apretando sus caderas para que sintiese la dura erección. Rosalind bajó la mano para buscar su miembro erguido, pero Najib la apartó.
-No, cariño -dijo con una dureza desconocida. Esta noche es solo para ti. Entonces la tumbó sobre la cama y abrió piernas, colocándose de rodillas frente a Rosalind dejó escapar un suspiro de placer.
-Sí -murmuró Najib-. Sé que te gusta. Quiero que lo recuerdes.
Había aprendido lo que le gustaba durante aquellas noches y ella se dejaba llevar, sintió que se ahogaba bajo su húmeda lengua.
-¡Najib! -gritó-. ¡Najib!
Por fin, se levantó para quitarse el pantalón.Entonces la tumbó sobre la cama, de espaldas a él. Najib apartó sus piernas con la rodilla y empezó a tocarla con caricias duras y urgentes. Sujetó sus caderas y la levantó un poco para entrar en ella de una sola embestida. Rosalind lo sintió hasta el fondo y gritó de gozo.
Najib siguió empujando y el placer era tan profundo que casi era dolor. Cada embestida era más fuerte que la otra y tuvo que sujetarse al edredón. Estaba a punto de explotar y él seguía empujando salvajemente.
Entonces buscó su sexo para acariciarla con una mano. Ella le suplicaba, pronunciaba su nombre ebria de placer, hasta que sintió que se derramaba en su interior. Jadeando, se dejó caer sobre la cama para buscar aliento.
Unos segundos después él estaba duro de nuevo y la tumbó de espaldas, pero Rosalind intentó detenerlo.
-Espera un momento. Creo que aún no estoy preparada.
-¿No? Pero quiero que recuerdes esta noche para siempre. Mírame, Rosalind -le ordenó Najib-. Di mi nombre.
La pasión que había en su voz hizo que se derritiera. Nunca en su vida había sentido un deseo tan feroz.
-Najib -murmuró. Al decirlo, se enterró en ella con una poderosa embestida ¡Najib! -gritó, y él la embistió de nuevo, mirándola a los ojos.
-¿No quieres más?
Entonces la tomó en brazos para apoyarla contra la pared. Rosalind tomó la jarra de agua y se mojó la mano para pasarla por su cara y la cara del hombre.
Sin apartarse, Najib la llevó hacia la ventana y se sentó en el alféizar. La luna iluminaba el patio con su luz fantasmagórica.
El acarició sus pechos con reverencia, como si fuera la última vez, como si quisiera grabarlos en su mente. Después, volvió a llevarla a la cama.
Rosalind estaba perdida en un mundo en el que solo había placer sexual y en el que se sometía a sus deseos. Imágenes de antiguas estatuas de piedra aparecían en su mente: el y la diosa unidos.
-¡Najib!

-El seguía haciéndole el amor, jadeando, gritando con cada embestida. Rosalind lo sentía tan dentro que parecía llegar a su alma.
Najib sabía que estaba cometiendo un error. En su determinación de llevarla al filo estaba a punto de perecer. Aquella mujer era parte de él para siempre. Nunca la olvidaría.
Tenía que saber. No podía seguir amándola y esperando que fuera digna de su confianza. Lo volvería loco amarla así y estar atormentado por sus miedos. -Dime la verdad. Debes decírmela... ¡Debes hacerlo!
Había perdido el control. Estaba enterrándose literalmente en ella y Rosalind sentía no habría placer mayor. Que estaba en mundo, que era parte de aquel hombre.
-Najib...
-Rosalind... mi Rosalind...
«Acércate», ordenó el sultán.
El retrato la atraía. Se acercó, mientras los ojos sultán la seguían, atentos. Él levantó una mano y Rosalind se inclinó para besar el anillo.
El contacto la quemó y se apartó entonces, Mirando la piedra rosa.
¡Oh!, exclamó Rosalind.
Rosalind se despertó con todo el cuerpo dolorido, pero tan feliz que le daba igual. Najib estaba a su lado, apoyado en un codo, mirándola.
-Buenos días.
-Dímelo, Rosalind.
Ella quería decirlo, eran palabras que parecía haber querido decir toda su vida: «te quiero».
-¿Qué quieres oír?
-¡La verdad! -exclamó Najib entonces-. No puedo vivir con esta mentira ni un día más.
-¿Qué?
Solo después de amar a Rosalind se daba cuenta de lo pálidos que habían sido sus sentimientos por Maysa. Entonces pensó que la confusión, la culpa y el deseo debían ser amor, pero el dolor que había sentido al encontrarla en la cama con otro hombre solo era orgullo herido.
La traición de Rosalind lo partiría por la mitad. Perdiéndola a ella, se perdería a sí mismo.
Maysa, con su avaricia y sus caprichos, solo era una niña comparada con Rosalind.
Pero lo había sabido demasiado tarde. Estaba perdido. No debería haber aceptado toparte en aquella charada.
Era una seductora. Que Janishid se hubiera casado con ella, que le hubiera dejado su herencia, la Rosa de al Jawadi que era suya solo ser el heredero del sultán... todos ellos actos de un loco.
Rosalind estaba buscando algo, pero no sabía qué.
Quería creer que podía redimirla. Pero era ella quien lo mantenía prisionero, quien ejercía el control.

-¡Dímelo!
-¿Qué intentas hacer, volverme loca para confiese... no sé qué pecado inconfesable? ¿Todo esto ha sido un intento de manipularme? Has usado el sexo, has aparentado querer a Sam... ¿Qué eres, un espía?
-Dime la verdad -insistió él.
-Ya te lo he dicho mil veces. Nunca te he mentido y si hubiese alguna humanidad en ti, te habrías dado cuenta.
-Lo que me has contado desafía a la ciencia.
-Es posible. A veces, cuando aceptas que s cosas desafían a la ciencia, encuentras la verdad. ¡Tú deberías saber eso!
-¿Ah, sí? ¿Estás diciendo que el nacimiento Sam fue un milagro?
No fue ningún milagro. Pero si tuvieras la más mínima fe en mí, sabrías que no estoy mintiendo -suspiró ella, derrotada-. Y no la tienes. Me has hecho el amor creyendo que… que se lo hacías a una espía de Ghasib. Pero has cometido un error y..
-Desde luego que he cometido un error -la interrumpió Najib.
-Siempre has pensado que mentía. Y para seguir creyéndolo, has tenido que portarte como un villano. Pero solo tenías que confiar, Najib. Yo nunca he visto esa maldita Rosa de al jawadi. No he dado a luz al heredero del trono. Solo tenías que creer que estaba diciendo la verdad.
-¿Y entonces qué?
-Entonces no habrías tenido que fingir una pasión que no sentías -replicó Rosalind, levantándose-. Siempre te he dicho la verdad, desde el primer día.
Najib deseaba decir que no había fingido la pasión, pero se mordió los labios. No quería cometer más errores.
-¿Dónde vas?
-No te preocupes, no tendrás que seguir fingiendo -dijo ella entonces.
Después, entró en el baño y cerró de un portazo.
Pero le había mentido sobre algo, pensó Rosalind. Aunque no lo supo hasta aquel momento.
Había visto la Rosa de al jawadi. Jamshid se regaló. El extraño sueño del sultán la hizo entender lo que siempre estuvo delante de sus narices.

CAPITULO 15

-¡Maravilloso, Kamila! -exclamó la princesa Zara cuando la diseñadora le puso a Rosalind un broche de diamantes en el pelo-. Es el toque perfecto.
La princesa de Barakat estaba tumbada en un diván, observando a su diseñadora favorita dar los últimos toques al vestido de novia.
Aquella misma tarde habían volado al palacio del príncipe Rafi. A su llegada, Rosalind supo que la boda tendría lugar dos días más tarde.
Los planes ya estaban hechos y la princesa Zara lo estaba pasando de maravilla. El palacio estaba lleno de invitados, todos ellos príncipes y princesas. Rosalind sabía que no podría huir.
Pero nada había cambiado desde que aceptó casarse con Najib al Makhtoum. Solo que sus esperanzas habían muerto.
-Y el ramo de flores irá a juego -estaba diciendo la diseñadora.
-Kamila hará un desfile este otoño en París. Y seguro que tu boda sale en el Hello, así que será una propaganda maravillosa. ¿Verdad, Kamila?
-Desde luego -sonrió la mujer.
Rosalind estaba mirándose al espejo. El vestido era de color marfil y le iba muy bien a su tez bronceada por el sol, pero el color era lo único que tenía que ver con un vestido de novia habitual
En realidad, era una túnica tradicional bordada en hilo de oro sobre un vestido con cuello redondo. Debajo, unos pantalones de organza de seda. Mules de medio tacón del mismo color y, sobre su cabeza, un velo casi transparente.
En el pelo, el «algo prestado» de Zara. Un broche de diamantes que, después de la ceremonia, sería su regalo de boda.
Se habían visto aquel día por primera vez, aunque Zara llevaba vigilando el diseño del vestido durante días.
-Me encanta -sonrió Rosalind-. Kamila será un gran éxito en Europa.
-Dicen que su ropa es «intensamente ponible». Pero no sé si eso es un insulto o un halago -rió Zara.
Después de quitarse el vestido, las dos se quedaron un rato tumbadas en el diván, vigilando al hijo recién nacido de la princesa, que dormía tranquilamente en una cunita.
-¿Estás nerviosa?
-Sí -contestó Rosalind.
-No te preocupes, Najib cumplirá su palabra. Yo trabajo con él, así que lo conozco bien.
-¿Trabajas con él?

-Najib supervisa el Museo Nacional.
-¿Ah, sí? ¿Y en qué consiste su trabajo?
-Intenta convencer a los museos occidentales de que nos devuelvan lo que robaron durante siglos de pillaje.
-¿Y tú qué haces?
-Yo estoy organizando ahora mismo la sala Alejandro Magno. Me dedico a hacer Relaciones Públicas, en realidad.
-Zara... sé que Najib es un agente secreto o algo así. ¿Quieres decir que su trabajo en el museo es una tapadera?
-No es un agente secreto, es un consejero del príncipe -rió la princesa-. Los consejeros hacen todo lo necesario para mantener la situación en orden, incluso hacen de Sherlock Holmes si hace falta.
-Ah, ya.
-¿Sabes que Najib estuvo en la guerra?
-Sí, lo sé.
-Está emparentado con los Durrani y..
El niño las interrumpió entonces llorando a pleno pulmón y Zara lo sacó de su cuna para darle el pecho.
-¿Tú le diste el pecho a Sam?
Rosalind tragó saliva.
-No, yo... me habría gustado, pero no pude.
-Ah qué pena. Quizá con el siguiente.
-Eso espero.
-Ya verás, la boda será una gran exclusiva.
Las primeras fotos del palacio del príncipe y la boda de uno de sus consejeros con la esposa a la que había perdido durante cinco años... Por cierto, van a pagar un dineral que irá a los orfanatos de Parvan.
No, aunque quisiera, Rosalind no podía salir huyendo.
-Tengo algo que decirte -dijo Rosalind.
-Y yo tengo algo que decirte a ti –murmuró él, tomando su mano.
Najib la llevó por el jardín hasta una suave pendiente desde la que podía verse el monte Shir. Se sentaron en la hierba sin decir nada, nerviosos los dos.
-Yo...
¿Te importa si hablo yo primero? Quiero decirte que lo siento. Tenías razón, desde el principio quise creer que estabas mintiendo, pero me he dado cuenta de que decías la verdad. La verdad es lo único que responde a todas las preguntas.
-¿Ah, sí?
-Y entiendo que no pudieras contarme la historia. Soy un idiota, Rosalind. Lamis es la respuesta, ¿verdad? Samir es hijo de mi hermana.
Rosalind y Lamis eran amigas y se unieron más tras la muerte de Jamshid.

Ella estaba preocupada por algo, pero no quería hablar de ello. Sin embargo, cuando llegó la carta del abuelo de Jamshid, abuelo también de Lamis, decidió que no podía seguir soportando su carga a solas.
-¿Entiendes ahora a lo que me enfrento, Rosalind?
Entonces le contó la historia que había guardado para sí misma durante meses: el hombre del que estaba enamorada, el que decía entender sus principios religiosos, la había violado. Y estaba embarazada.
El miedo y la vergüenza la torturaban. Su abuelo... no sabía qué ocurriría cuando se lo dijera. Había pensado dar al niño en adopción, pero tenía que esconder el embarazo como fuese porque ya se le notaba. Y en Londres había muchos ojos...
Unos días antes, Rosalind le habría insistido en que hablase con su familia. ¿Cómo podía nadie culparla por lo que había pasado? Pero después de recibir la carta de su abuelo, supo que no podía hacerlo. Lamis debía protegerse de la furia de aquel hombre.
Ella estaba destrozada por la pérdida de su hijo y entonces se les ocurrió un plan: Lamis tendría al niño, pero dirían que era de Rosalind.
Pediría dos meses de permiso en la embajada. Lamis, mientras tanto, se marcharía de Londres con la excusa de que estaba investigando para su tesis. Irían a alguna ciudad del norte, donde nadie las conociera.
Lamis iría al ginecólogo bajo el nombre de Rosalind Lewis y registraría al niño como su hijo. Después lo daría en adopción.
Y funcionó. Lamis siempre iba al médico con el chador puesto, alegando sus creencias religiosas, y nadie la obligó a quitárselo para comprobar la fotografía del documento de identidad.
El parto fue estupendamente, pero cuando miraron la carita del niño se dieron cuenta de que no podían darlo en adopción.
-Lamis me hizo prometer que nunca jamás me pondría en contacto con ella –murmuró Rosalind-. Para tu hermana fue muy duro dejar a su hijo, pero no tenía alternativa.
Cuando tuvo que volver a su país lloro amargamente y le pidió a Rosalind un último favor:
-No me llames, no me escribas nunca -le dijo, ahogándose de emoción-. Tengo que olvidarlo. Me volvería loca si pensara en él.
Rosalind también había olvidado. Para ella, Sam era su hijo.
-Tengo algo que decirte -dijo Rosalind unos minutos después, mientras la luna se levantaba sobre las montañas-. Me equivoqué. Creo que Janishid me dio la Rosa de al Jawadi.
-¿Qué? -exclamó Najib.
-Me dijo que era una piedra rosa de gran valor familiar, pero no me dijo que fuera una joya. Jamshid me hizo prometer que la guardaría y que, en caso de que él muriese en la guerra, se la daría a nuestro hijo.

Najib la miraba, incrédulo.
-¿Dónde está ahora?
-En mi apartamento. Al lado de la bola de cristal de Lamis que tú tuviste en la mano. En una simple cajita de madera.
-Sam, esta es tu tía Lamis.
Rosalind se puso muy nerviosa cuando supo que acudiría a la boda, pero en cuanto vio a su amiga supo que todo iba bien. Lamis al Makhtoum la abrazó, llorando y riendo al mismo tiempo.
-¡Rosalind, estás guapísima!
Había pedido ver a su hijo y las dos fueron de la mano a la habitación. Y las dos tenían el mismo miedo.
-Hola -la saludó Sam.
-Se parece a su abuelo -sonrió Lamis, sin atreverse a besarlo. A Rosalind se le encogió el corazón. Muchas gracias... ¿Qué puedo decir? ¿Está bien, es un buen niño?
-¿Por qué eres mi tía? -preguntó Sam entonces.
-Porque soy la hermana de Najib -contestó ella, secándose una furtiva lágrima-. Y te quiero mucho. Siempre te querré.

El día antes de la boda, Rosalind y Najib paseaban por el jardín, de la mano.
-¿Cómo lo supiste? -preguntó ella.
-Porque confié en ti y entonces entendí la verdad.
-¿En serio?
-En serio. Solo tuve que confiar en ti para ver cómo las piezas del rompecabezas empezaban a cuadrar. Lo siento mucho, Rosalind. Siempre has sido una buena persona... más que eso. Y yo no podía verlo.
Ella estaba demasiado emocionada como para hablar y apretó su mano mientras seguían caminando entre las flores.
Najib estaba guapísimo con una túnica blanca y un chaleco ricamente bordado que hacía parecer un hombre de otro siglo.
-¿Has hablado con Lamis?
-Hablamos esta tarde. Fue un alivio para ella poder contármelo al fin. Pudo hacerlo antes, pero temía demasiado a mi abuelo.
-¿La habrías ayudado entonces?
-Por supuesto. ¿Crees que la habría culpado por algo que ella no pudo evitar? Yo no soy mi abuelo, Rosalind.
-A veces me decías cosas que no eran muy diferentes de las que me dijo tu abuelo en su carta -protestó ella.
Najib asintió con la cabeza.
-Lo siento, Rosalind. Mi preciosa Rosalind. Un día te hablaré de la mujer por la que te he juzgado. En lugar de mirarte con ojos nuevos, te juzgué por mi experiencia con Maysa. Y aunque hubiera querido creerte, mi lealtad a otros me hacía recelar.

-Lamis me ha dicho que la familia está planeando recuperar el trono y por eso la situación es tan crítica.
-Tiene razón. Pero es un secreto que no debe ser revelado a nadie.
-Ese hombre... Ashraf, al que conocí en Cornualles... ¿es hijo del príncipe Wafiq?
-Ashraf es la elección de la familia para sentarse en el trono después de la muerte de Jamshid.
-¿Por eso estabas tan horrorizado al conocer la existencia de Sam?
-Había muchas razones para que la existencia de un hijo de Jamshid... del príncipe Karnil, fuese preocupante. Al morir mi primo, Ashraf era el siguiente en la sucesión al trono, pero la Rosa había desaparecido. Además, existía la posibilidad de que Ghasib quisiera utilizar a Sam. Aunque ese problema ya está resuelto. Y el problema de Ghasib se resolverá dentro de poco.
-¿Quieres decir que tiene los días contados?
-Eso esperamos. Pero no le cuentes nada a nadie, por favor. Es un secreto de estado.
Rosalind se quedó pensativa.
-Cuando Lamis y yo registramos a Sam, debía saber que algún día podrían creerlo hijo de Jamshid.
-Pensó que era una posibilidad muy remota. Pero también pensó que no había razón para que su hijo no heredase el trono de su bisabuelo. Y tenía razón, Rosalind. Lo de la línea de sucesión masculina es un estúpido prejuicio. ¿Sabes lo que me dijo mi hermana el otro día?: «Nadie quiere recordar que Mohamed no tuvo hijos. Toda la descendencia del profeta viene de su hija. ¿Por qué ahora la descendencia de una mujer no tiene valor? ¡Al menos se sabe con certeza quién es la madre de alguien! ».
-Veo que ha cambiado mucho -sonrió Rosalind-. Lamis no habría dicho algo así hace cinco años.
-Pero tiene razón.
-Por supuesto que la tiene.
-Hiciste algo muy valiente al criar a un hijo sola... no muchas mujeres se habrían atrevido.
-No sabes cuánto le dolió tener que dejarlo -suspiró ella-. Y la verdad, yo nunca he lamentado ser la madre de Sam. Además, Lamis se encargó de que nunca nos faltase de nada. Compró el apartamento... ¿te ha contado que por eso fingió haber perdido dinero en el casino?
-Sí, lo sé. Pero la carga de ser padre y madre de un niño no pudo ser fácil para ti -dijo Najib, mirándola a los ojos.
El corazón de Rosalind empezó a latir con fuerza. No quería tener esperanzas...
-No, es cierto.
-Vamos a casarnos mañana, cariño. Cuando aceptamos hacer esto, no era real. Pero yo te quiero como un hombre ama a la mujer que desea hacer su esposa.
Ella dejó escapar un suspiro que le salió del alma.
-¿De verdad, Najib?

-Te quise desde el día que te vi. No, antes de eso. Cuando miré tu fotografía, supe que tú eras la mujer de mi vida. Estaba celoso... ¿lo puedes creer? Estaba celoso de mi primo porque, cinco años antes, tú le habías sonreído de esa forma. Y mañana, cuando haga los votos los haré de corazón. Quiero casarme contigo y ser el padre de tu hijo. Quiero que sea de verdad, Rosalind. Y quiero oírte decir que me quieres.
-Najib...
-¿Quieres casarte conmigo, Rosalind?

Se casaron por la mañana, cuando el aire de la montaña era fresco y limpio, en el jardín de palacio. Un jardín que había sido plantado cincuenta años antes, como explicaba la revista Hello a sus lectores, por la madrastra del príncipe Rafí, la reina Azizali.
Había miles de rosas de todas las variedades, de todos los colores: blancas, amarillas, rojas, melocotón, granate...
Para añadir más magia, el ramo de Rosalind estaba compuesto por rosas blancas y rojas cortadas la noche anterior.
La novia fue acompañada al altar por el hijo de la pareja, Samir. El niño iba vestido con una túnica de color marfil a juego con el vestido de su madre.
El jeque Najib, consejero del príncipe Rafi, famoso por sus intentos de repatriar varias estatuas autóctonas que estaban en el Louvre, tenía un aspecto muy regio con una túnica dorada.
La lista de invitados incluía al príncipe Omar, la princesa Jana, el príncipe Karim, el príncipe Kavian y la princesa Alinor, el jeque Arash al Khosravi, Sheikha Lamis al Makhtouni y su esposo...
Según los rumores, los herederos del sultán de Bagestan también estaban entre los invitados, pero si era así nadie estaba seguro de ello. Aunque Jainshid al Makhtoum había vuelto de la tumba para reunirse con su esposa, solo pudo hacerlo porque él no era heredero al trono. Los herederos de Hafzuddin al Jawad no podían arriesgarse a aparecer en público, explicaba la revista.
Rosalind apenas se fijó en los fotógrafos. Solo podía ver a Najib, guapísimo con una túnica bordada en rojo y un turbante en el que brillaba una enorme esmeralda. Parecía el príncipe de un cuento.
Pero lo mejor era cómo la miraba. La miraba con una mezcla de amor, orgullo y felicidad que hacía saltar su corazón.
Acompañada por su hijo, Rosalind se colocó al lado de su orgulloso jeque, sabiendo que, por fin, había encontrado al hombre de su vida.

Epílogo

Una mujer de pelo blanco abrió la puerta.
-¿Helen Mitchell?
-Sí, soy yo.
-Buenas tardes. Mi nombre es Haroun al Muntazir. Creo que mi prima Rosalind la ha llamado por teléfono esta mañana.
La mujer lo miraba, boquiabierta.
-Oh, Dios mío. Pues sí, me ha llamado, pero...
-¿No le ha dicho que vendría para buscar cierto adorno?
-Sí, claro, pero… Entonces, ¿quién era el que ha venido antes?
-¿Cómo? -exclamó Haroun.
-Era un hombre alto y me dijo: he venido a buscar la Rosa...
-¿Y usted se la ha dado? -preguntó él, apretando los labios.
-Pues... me pareció que era los que debía hacer. Yo creí que ese era el hombre al que se refería Rosalind. ¿He hecho mal? Vino hace una hora, no sé si podrá encontrarlo...
-Lo encontraré, señora Mitchell -dijo Haroun entonces-. Quizá tarde algún tiempo, pero lo encontraré.

FIN